

València
històrica

14

~~164~~

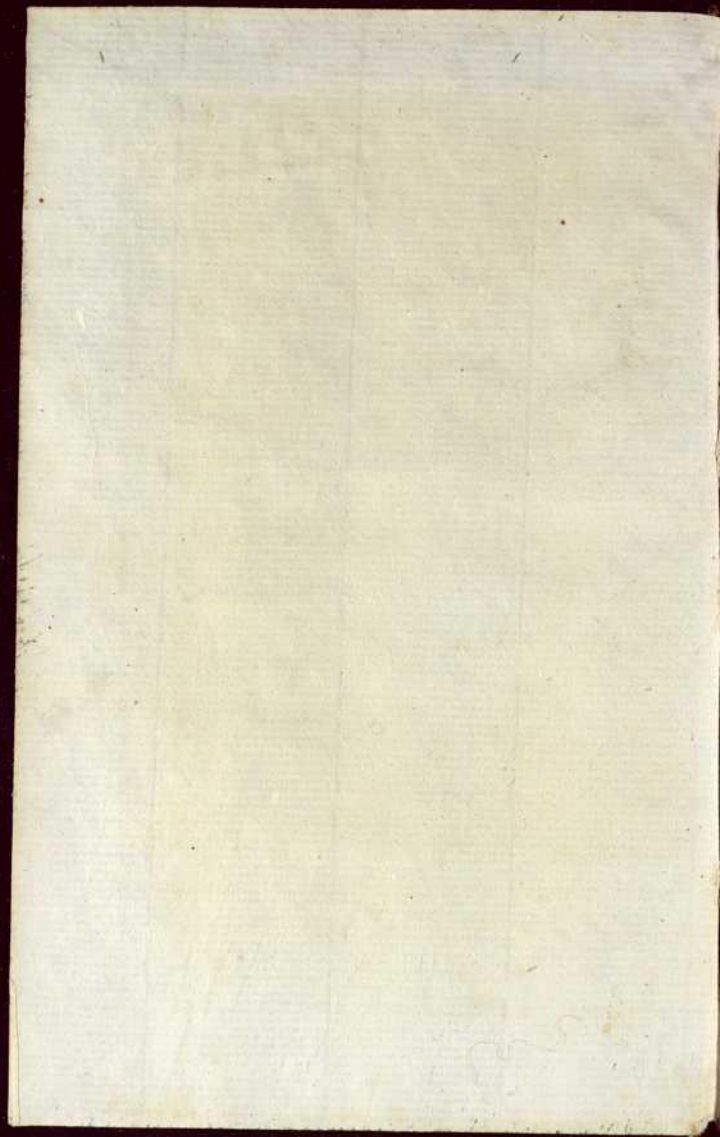
164

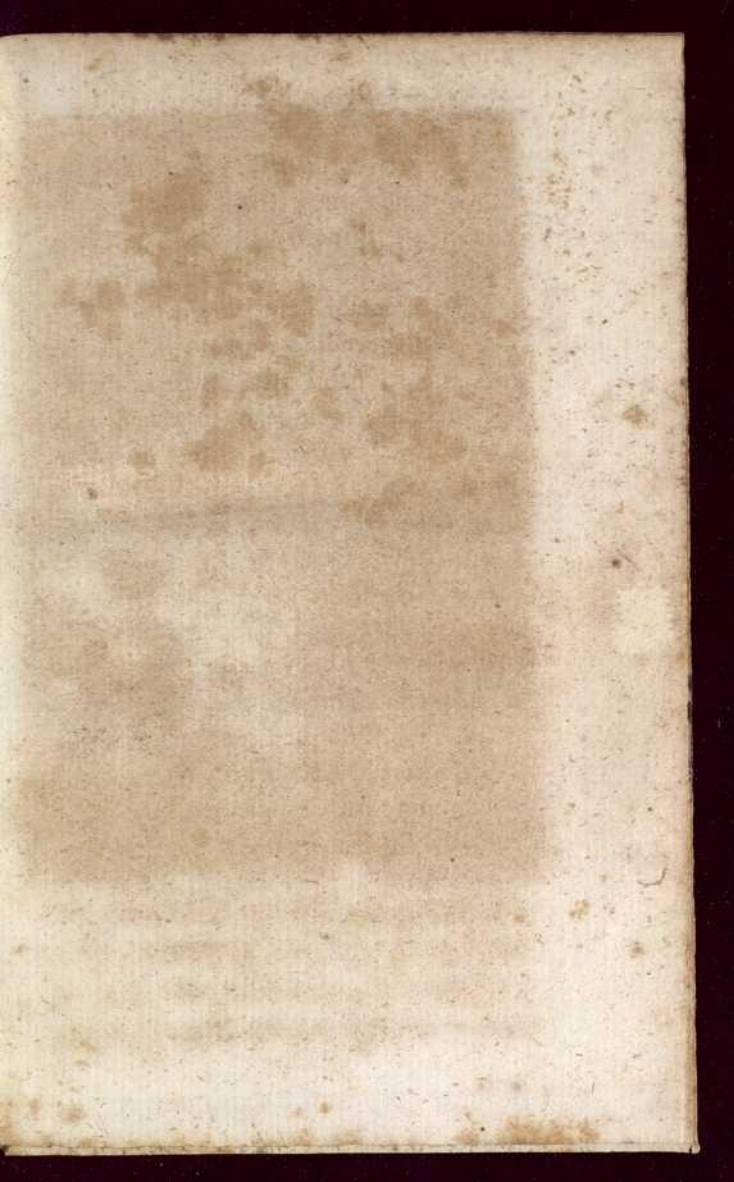
IV

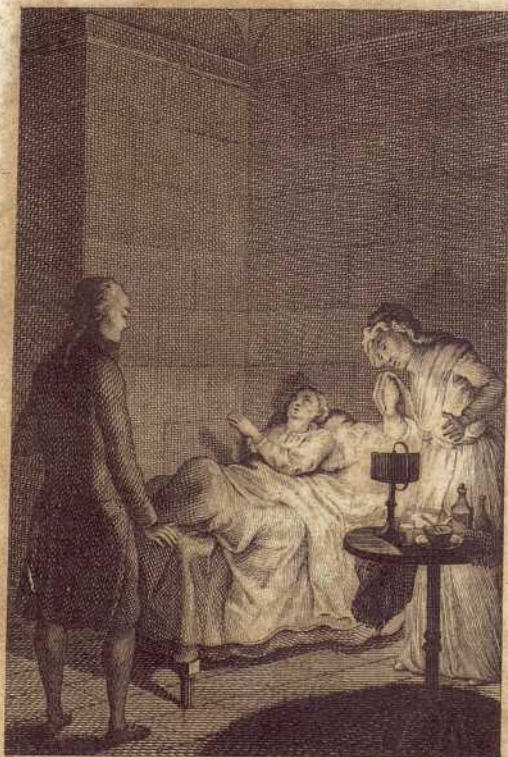
3014

D 544294

L 1269878







Para el teatro de los reyes de España

Para el teatro de los reyes de España

Exclamó (el delfín) repetidas veces, juntando sus manos con vehemencia: Dios mío, yo os lo agradezco, pues voy á unirme con mis padres. TOM. IV. p. 204.

EL CEMENTERIO
DE
LA MAGDALENA:

Ó LA MUERTE
DE LUIS XVI.,
DE LA REYNA

Y DEL DELFIN DE FRANCIA.

POR
J. J. REGNAULT — WARIN.

TOMO IV.

VALENCIA:
POR JOSEF FERRER DE ORGA
Y COMPAÑIA. AÑO 1810.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Se hallará en la Librería de Mallén.



Así para aterrar al vulgo, la guadaña de la muerte sacrifica grandes víctimas, y derriba cabezas ilustres.

YOUNG, noche 7.^a

R. 8612

EL CEMENTERIO DE LA MAGDALENA.



SIGUE LA NOCHE UNDÉCIMA.

Pasáron algunos dias sin que me sucediese cosa notable; pero ni Toulan ni Michonis venian ya al Temple, y los municipales que les sucedieron me eran desconocidos. Su aspecto y su extremada vigilancia hubieran redoblado mis penas, á no mitigarlas la presencia y caricias de mis hijos, y el afectuoso cuidado y afabilidad de mi hermana. Mis esperanzas se habian reanimado fuera de esto con la ceremonia de la consagracion de Carlos, y esta ilusion que me entretenia por el dia, me proporcio-

naba tambien de noche los sueños mas agradables.

Esta aparente bonanza era el presagio de la tormenta; pues habiéndome dormido muy tranquila, me encontré al despertar en medio de la borrasca.

No ignoraba que la guerra, que se habia encendido durante la vida de mi esposo, habia despues de su muerte extendido muy léjos sus llamas; la coalicion se corroboraba con los prósperos sucesos de sus armas; la república habia sufrido en varios encuentros grandes descalabros; y algunas plazas estaban ya en poder del enemigo. Todas estas circunstancias me hacian concebir nuevas esperanzas, pues si bien estaba muy distante de desear la esclavitud de una nacion, en que habia reynado Luis xvi., y para cuyo trono creia destinado á mi hijo; anhelaba sin embargo vivamente el abatimiento y aun el castigo de aquel

gobierno orgulloso, grosero y sanginario, que sustituia los delitos á los abusos, y que solo consolidaba su usurpacion con asesinatos.

Por una contradiccion inseparable de la naturaleza de la anarquía, cuya esencia consiste en la reunion de los principios mas opuestos, al paso que se formaban causas sobre las opiniones y eran guillotinados los hombres por haber pensado; la libertad de la imprenta, propasándose hasta el desenfreno, no solo discurría acerca de la vida privada y las costumbres de los magistrados, sino tambien acerca de los desastres públicos. Un vendedor de diarios se situaba por encargo de Michonis al pie del baluarte, que está mas inmediato á la torre, y me enteraba todas las noches de las noticias del dia, repitiéndolas por tres veces, y esforzando su robusta voz en aquellas que mas podian interesarme.

Una noche despues de haber oido

el anuncio de una conspiracion, que se dirigia á entregar en manos del ejército del Príncipe de Condé toda la frontera del norte, estaba ya combinando el resultado de este acontecimiento, quando mis planes lisongeros fuéron interrumpidos por un fuerte estruendo, que oí cerca de mi puerta. La abrieron al instante, y luego entró en mi quarto mucha gente con armas y con hachones, en medio de la qual venian tres comisarios condecorados con sus bandas, á quienes pregunté el motivo de esta novedad. Venimos á notificaros, me respondió uno de los municipales, un decreto del tribunal de seguridad pública, al qual esperamos, señora, que os someteréis con resignacion. Otro de aquellos magistrados me dió á leer la acta, en que se mandaba, que inmediatamente me quitasen á mi hijo, para ponerlo baxo la potestad del zapatero *Simon*, á quien la municipalidad ha-

bia nombrado por su ayo. No es difícil el figurarse la congoja, los arrebatos y el delirio de una madre, á quien privan del único consuelo que le queda en su deplorable situacion. Sin hacer caso del trastorno en que me hallaba, me dirigí al retrete de mi hijo, que dormia tranquila y plácidamente. Uno de los comisarios se entró conmigo á su quarto, y se empeñó en persuadirme. Yo habia depuesto mi altanería, pues era madre, y creo que llegué á implorar la piedad de mis guardas, á quienes debo hacer la justicia, de que me pareció verlos enternecidos. Tal es el imperio de la voz de la naturaleza unida á la desesperacion, aun para con los corazones mas empedernidos. Pero como estos eran agentes de la tiranía, hubiesen sido sus víctimas, si rehusaran executar sus órdenes. Habíase despertado en esto mi hijo, y la vista de las hachas y de las armas, léjos de

intimidarle, parece que le infundia una amable serenidad. Se equivocó al principio en el motivo de aquella visita, y adelantándose hácia los municipales, les preguntó con entereza: ¿en que habia delinquido su madre? Volviendo despues sus ojos á los míos que encontré bañados en lágrimas, no pudo contener las suyas, y arrojándose á mi seno lloró abundantemente. Lo estreché por mucho rato, sin poder explicar mi congoja y dolormas que con sollozos; pero luego que recobré las fuerzas, y pude manifestar de otro modo los dolorosos sentimientos que me oprimian: Bárbaros, exclamé, ¿cometeréis la crueldad de robarme el único bien, que me hace apreciar aun la vida? ¿No os basta haber asesinado á mi esposo, que quereis tambien ensangrentaros en mi hijo? ¿en mi hijo, que por su edad, atractivos, y hermosura, y sobre todo por su inocencia, ablandaria los mas

duros corazones? Las naciones salvages respetan el amor maternal; lo conocen hasta las fieras; la crueldad del tigre se amansa á la vista de sus cachorros: y vosotros ¿seréis mas feroces que los tigres, mas insensibles que los pueblos bárbaros? ¿Se han extinguido acaso en vuestros pechos todos los sentimientos de la naturaleza? ¿No hay alguno entre vosotros que sea hombre, que sea padre? ¿no lo sois todos? ¿Que hariais, que diriais, si os arrebatasen á vuestros hijos? Ah! muy horrible y criminal es por cierto el patriotismo que os domina, si cierra vuestros corazones á la compasion. Estimad y servid á vuestro pais; pero no menospreciéis ni ultrajeis de este modo á la naturaleza. — Quedáron sumergidos en un triste silencio sin atreverse á levantar los ojos, y aun creo que vi correr de sus caidos párpados algunas lágrimas, que me restituyéron la esperan-

za y desvaneciéron mi altanería. ¡O amor maternal, sentimiento inexplicable, que nos haces capaces de los mayores sacrificios! Sí; la reyna de Francia, la hija de María Teresa se arrojó á los pies de los viles satélites de sus perseguidores: mi hijo hizo lo mismo, y sus lágrimas mezcladas con las mías bañáron las manos manchadas todavía con la sangre de mi degollado esposo. Vosotros llorais, les decia yo con aquel tono, que es solamente propio de una madre que habla por su hijo, ¿vosotros llorais? Dexad pues que derramen vuestros enternecidos ojos esas honrosas lágrimas: no os corraís de ser hombres; dad oídos á los clamores de la humanidad. Aquí teneis á vuestros pies al hijo de un rey y á una reyna, que está sin avergonzarse de su abatimiento, mas no sin padecer: juzgad del tormento que me vais á causar, por la humillacion á que me sujeto. — Permaneciéron sin em-

bargo inflexibles, pues el gefe de la escolta mandó, para dar fin á aquella dolorosa escena, que me arrebatasen á mi hijo. Despedí un grito terrible, con el qual asustado el niño, se arrojó á mis brazos. Lo estreché en ellos con las convulsiones del dolor y de la rabia; pero la naturaleza cedió á tantos esfuerzos, y me quedé desmayada. Al recobrar los sentidos me hallé en mi cama, á cuyo redor estaban llorando la afligida Isabel y mi hija. Me abrazaban cariñosamente; pero como yo habia perdido á mi hijo, me causaban poca impresion sus caricias, y no hacia mas que recibirlas.

Algunos dias despues de esto se decretó, que fuese trasladada del Temple á la consergería. Recibí este nuevo golpe sin sentirlo, y así es que tan solo lastimó á mi hermana y á mi hija. Por lo que á mí toca, baxé á este abismo sin perturbacion, y sin alegrarme ni entristecerme. Estuve por

mucho tiempo sin poder llorar: ni ¿como me habian de quedar lágrimas, quando ya todas se habian agotado por un esposo y por un hijo?

Señora, dije á la reyna, quando concluyó de hablar, en medio de las muchas calamidades que han agobiado y agobian todavía á vuestra persona, debe serviros de satisfaccion, el poder estar tranquila acerca de vuestra conducta. Convengo con V. M. en que debiera haber guardado mas circunspeccion en sus acciones, en su porte y en sus palabras, así por su propio interes, como por condescender con las opiniones de los hombres, que juzgan casi siempre de las cosas por sola su apariencia. Pero nada veo, fuera de esas indiscreciones, que sea reprehensible en la conducta de V. M., pues en todos los peligros y adversidades en que se ha visto, ha sabido conservar un carácter magnánimo, y aquel precisamente que debia oponer-

se á tan extraordinarios acontecimientos. Muger heroica y princesa esclarecida, ha sido V. M. al mismo tiempo esposa cariñosa y el modelo de las madres. Respeto mucho á V. M. para tomarme la libertad de elogiarla, y admiro sobrado su grande corazon, para atreverme á darle ningun consuelo: V. M. encuentra en sí misma todos los recursos, y, á semejanza del sol, se nutre de su propia sustancia. Sin embargo, señora, si es laudable despreciar una muerte que estamos muy distantes de merecer; ¿porque no ha de ser lícito el defender la propia vida de los asesinos? V. M. no opina sin duda, que sea un acto de valor el dejarse matar de los salteadores, en lo mas desierto de un bosque. La razon, la verdadera filosofia, cuyos preceptos no ignora V. M. aunque no profesa sus dogmas, la religion, que sois tan digna de escuchar y de estimar, y otros

muchos motivos no ménos poderosos, os prescriben que mejoreis la situacion, en que la ciega é injusta suerte os ha constituido. Os lo suplico á nombre de la Europa entera que mira atenta vuestra contienda, y á nombre de los corazones sensibles de la Francia; y os lo mando de parte de Dios. Qualquiera que sea el fin de esta lid, y aun quando quedaseis vencida, seria siempre el resultado, tan glorioso para V. M., como vergonzoso para vuestros perseguidores. Mas no, no quedarán frustradas, señora, las negociaciones de milord Fitz-Asland: conviene á la dignidad y á los intereses de las potencias evitar un nuevo atentado; y me atrevo por lo mismo á pronosticar, sin cometer la perfidia de intentar adormeceros con una falsa seguridad, que no tardaréis mucho en volver á ver y abrazar á vuestra hermana y á vuestros hijos. — Ojala sucediese así, me respondió con acen-

to melancólico ; pero no lo espero, á lo ménos en este mundo. — Volvió en esto Michonis, y su llegada me recordó, que no habia yo ido á oír una narracion, sino á discurrir los medios de librar á la reyna de los peligros que la amenazaban. Pero ya eran muy cumplidas las dos horas que me habia concedido el municipal, y su vuelta habia motivado ademas una escena, que aunque sencilla de suyo, no dejaba de ser muy tierna, y habia imposibilitado á la reyna el poderme escuchar con atencion.

Despues de la muerte de Luis, miéntras sus hijos estaban juntamente con la reyna, se le permitia á Carlos, para que se divirtiese algun tanto y se le hiciera mas llevadera la prision, que se criase un perrito. Este animal, al mismo tiempo que servia de entretenimiento al niño, contribuia á la distraccion de la reyna, que le habia puesto el nombre de *Fidelidad*, al

qual correspondia muy bien el perro con sus halagos y lealtad. Quando Carlos fué separado de su madre. Fidelidad, que hubiera querido acompañar á su amo, se consolaba de esta pérdida con las caricias que le hacia la reyna; y aun, quando fué conducida esta del Temple á la Consegiería, halló el perro medio para seguir desde lejos el coche de la desgraciada princesa, sin que nadie hiciera alto en ello. Pero así que llegó á las puertas de la cárcel, lo ahoyentáron los fieros carceleros, y desde entónces iba todos los dias á gemir y á agazaparse debaxo de aquellas funestas bóvedas, donde lo recogia un llavero que no era tan inhumano. Aquel mismo dia habiendo visto de cerca á Michonis, lo conoció, y le manifestó su contento haciéndole muchas fiestas. Alegre el municipal, porque podia por este medio causar una agradable sorpresa á la encarcelada reyna, procu-

ró llevarle quanto ántes á Fidelidad. No puede concebirse cosa mas tierna, que los primeros momentos de esta vuelta. El animalito, despues de haber manifestado con gozosos ladridos, con los movimientos de su cola y con repetidos saltos todo el placer que sentia, cediendo al exceso de su alegría fué á tenderse á los pies de la reyna, cuyos ojos arrasados en lágrimas probaban bien, quan sensible era á esta afectuosa demostracion. Ved, me dijo Antonieta, que ya no hace fiestas á la reyna, sino que ama á una muger desventurada. ¡Que leccion y que modelo para la ingratitud de los hombres!

Dejamos en esto á la reyna, y al irnos me sorprendió cierta especie de contento que se descubria en el semblante de Michonis, y que me movió á preguntarle el motivo. Ya no es menester, me dixo, concertar planes, ni hay porque acongojarse: la suerte y

los amigos nos sirven mejor que pudiéramos desear. Quando me he separado de Vm., he encontrado con Toulan, que ha venido aquí á leerme una carta, que ha recibido esta mañana de vuestro alumno. — ¿De mi amado Edwino? — Del mismo. Habla en ella de unos pliegos importantes, que deben estar en casa de Vm. — Vamos á verlos. — Contienen estos la vida y la libertad de la reyna... — ¿La vida y la libertad de la reyna?... ¡Será posible, gran Dios! Señor Michonis, ¿no se equivoca Vm.? — Vm. verá que no. — Corrimos á mi quarto, y no estaban las cartas, porque todavía no las habian repartido en mi barrio. Estuvimos esperando por mas de una hora con mortal desasosiego, hasta que vino por fin el cartero. Entre los varios pliegos que venian para mí, vi en uno la letra no de mi alumno, sino la de su padre. Lo abrí con prontitud.... ¡una, dos, tres cartas! Hu-

biera querido devorarlas todas en un instante; y al pasar la vista por una que era de milord, leí estas consoladoras palabras: „En atencion á los oficios que hicisteis con el rey, y por lo sabida que es la confianza que en vos tiene su familia, es probable que seais llamado por el gobierno frances, para ayudarle á verificar este acto de justicia en favor de la reyna. Van por un correo extraordinario las proposiciones, que hace á los miembros de la convencion la Inglaterra unida con la Austria. Son tan favorables al gobierno frances, que no se debe dudar que las admitirá, y que se conseguirá con esto la vida y la libertad de la reyna.” ¡O bondad de la divina providencia! ¡quantas gracias te tributé en el alborozo de mi agradecimiento y de mi alegría!

Quería aun aquella misma noche mitigar con tan buenas nuevas las enconadas llagas de la reyna, y este

era tambien el parecer del municipal; pero lo impidió el grande asombro que nos habia sobrecogido, y quando Michonis quiso despues entrar en la Conserjería, ya no se lo permitiéron baxo pretexto de una órden reciente, que prohibia á todos la entrada. Esta circunstancia que me daba mucho en que pensar, nos hubiera causado el mayor cuidado, á no haber hecho renacer nuestras esperanzas las cartas de Fitz-Asland; y así es que Michonis creyó por entónces, que este incidente era efecto de una equivocacion, fácil de corregir. Dos dias pasáron, sin que se oyese hablar de ninguna gestión de parte de la municipalidad ni del gobierno, y sin que yo viese á Michonis. No me atrevia sin embargo á manifestar con repetidas instancias el interes que me tomaba en la suerte de la reyna, porque ya era demasiado conocido, y acaso un zelo importuno hubiera perjudicado á su

causa. Esperé pues sin dar paso alguno, aunque desazonado interiormente, y lo estuve mucho mas, quando al fin del tercer dia supe por los diarios de la tarde la prision de Michonis, de Toulan, de otros diez municipales y de muchos ciudadanos. Me quedé sin color al leer esta triste novedad, ménos por la relacion que podia tener con mi persona el peligro de los presos, que por lo mucho que influiria su suerte en la de María Antonieta; supuesto que no debia dudarse, de que la causa de su arresto era el afecto, que habian noblemente manifestado á aquella princesa, en las varias ocasiones, en que procuráron servir-la. Podia no obstante haber motivado semejante determinacion, el temer el influxo de estos personajes en la opinion pública, al mismo tiempo de formarse la causa de la reyna; pero ¿que seria en este caso de las esperanzas, con que nos habian aluc-

nado las cartas de nuestros amigos?

Mientras estaba embebido en estas reflexiones, entró en mi casa un ministro del tribunal de policía interior, y me notificó una orden, en que se me mandaba, fuese inmediatamente á presentarme. Juzgué que me habrían comprendido en la disposicion tomada contra los municipales, y seguí sin replicar á mi conductor.

Avivóse entre tanto mi curiosidad y se me ofrecieron mil ideas, porque el nombre del tribunal de policía interior llenaba á todos de miedo y admiracion; y estos fuéron tambien los sentimientos que entónces me causó. Voy á comparecer, discurría á mis solas, delante de unos hombres, repletos de poder y de sangre, que disponen á su antojo de la vida de los ciudadanos, y de la existencia y destruccion del imperio. ¿Que es lo que harán de mí, átomo imperceptible en los torbellinos revolucionarios? Los

que con solo pestañear hacen estremecer los tronos, ¿perdonarían al insecto que les roe los zancajos? voy sin duda á perecer, aplastado con desden debajo de sus pies.

No dejó de sorprenderme, al entrar en la sala de sus juntas, el ver á aquellos arrogantes dictadores, sentados de un modo llano y sencillo al rededor de una mesa redonda, ocupados á los mas de ellos en escribir, mientras algunos, despues de pedir licencia para hablar, daban cuenta de sus relaciones. Siempre habia acompañado hasta entónces la idea del poder con la de la magestad; pero me desengañé de esta falsa preocupacion en aquel lance, convenciéndome de que es posible trastornar el mundo y hollar á los hombres, aun con el traje mas despreciable.

Presidia este ayuntamiento un viejo, á quien las canas, calva y aspecto severo daban la figura del Des-

tino. Mandó que me acercase, llamándome por mi nombre, y me dirigió poco mas ó ménos el siguiente discurso.

„El gobierno hace mas aprecio de la ingenuidad de un realista que del disimulo de los falsos republicanos, y no ignora tu afecto y servicios para con la familia de los Capetos. Como está persuadido, de que solo has procurado serles útil sin perjudicarle, no tiene por criminal tu conducta; antes por el contrario quiere hoy mismo darte una prueba de la confianza que le mereces.

Sabes bien, que por una infame traicion se hallan en poder de la venganza de la Austria muchos representantes del pueblo, y algunos embajadores y generales. El emperador, condescendiendo á los deseos que le ha manifestado la Inglaterra por el ministro británico residente en Viena, propone el cange de estos prisioneros

con las personas que están encarceldas en el Temple. El representante de la república en Suiza ha pasado esta propuesta á los comisarios, y el gobierno ha venido hoy á discutirla.

Pero el secreto de su política consiste en la fuerza, y su diplomática en la victoria: la Francia, república, solo trata con los reyes despues de haberlos vencido. Así aunque sean muy apreciabes los sujetos que se hallan prisioneros en poder del emperador, nosotros no les podemos sacrificar la justicia, á quien siempre debemos dar la preferencia. La justicia pues, no ménos que la seguridad del estado, exige, que sea humillado en un patíbulo el orgullo de una reyna culpable: se le vá de consiguiente á formar el proceso, y los verdugos están ya preparados. Sirva enhorabuena á nuestros fieros enemigos de pretexto para horrosas represalias este nuevo triunfo de la igualdad, que ellos lla-

marán un segundo regicidio; sacrifiquen, si quieren, á los republicanos que tienen aherrojados; la obligacion de los republicanos es morir por su patria, y la de esta, vengarlos dignamente. Tal es la resolucion y tal la respuesta, que el tribunal ha enviado al emperador, y que te participa, por que sabe, que tú eres en Paris el medianero de esta negociacion. Te repito, que no te lo vitupera, porque eres extranjero y no estás al servicio del estado; pero ya ves que no es del mismo modo indulgente con sus agentes infieles, los quales pagarán con sus cabezas su infame traicion.

Tú exerciste con el último Luis un ministerio de valor y de caridad, por encargo del gobierno que habia entónces, y el de ahora no te lo reprueba; antes bien te brinda á que continúes haciendo los mismos oficios con María Antonieta, y dexa á tu

integridad el por menor de tus confesiones con ella. El tribunal dará sus órdenes, para que no se te ponga embarazo alguno en el cumplimiento de tu encargo. “

Nada respondí, ni se debía responder á unos hombres tan inflexibles. Salí penetrado de terror, y para desvanecerlo tuve, quando volví á casa, que ponerme en manos de la divina misericordia. Poco á poco se disminuyó mi turbacion, y recobré la esperanza, el valor y la conformidad. Ofrecí á Dios, que todo lo permitiese el sacrificio de la vida de la reyna, y no pudiendo librarla de una muerte inevitable, determiné trabajar en disponerla para otra mejor vida.

NOCHE DUODECIMA.

El proceso de María Antonieta se puede llamar, en mi opinion, el

mayor esfuerzo del heroismo, y sus postreros momentos el triunfo de la religion. Nadie tenia mas motivos que ella para estimar la vida, y parecia por lo mismo que nadie debiera poner mayor empeño en conservarla: sin embargo no se valió de otros medios que de los de una rigurosa y legítima defensa. Este siglo, tan fecundo en portentos, ha visto el maravilloso espectáculo de una muger, jóven aun y hermosa, que ha ido al patíbulo, como si fuese el término ordinario de su vida. El filósofo sensible y el cristiano ilustrado se han asombrado al ver, que una reyna poderosa, esposa adorada y madre feliz, ha sacrificado la corona, su esposo, sus hijos y hasta sus sinsabores, á la religion, á la razon y á la necesidad. Ni los frios cálculos de las máximas de este siglo, ni los raciocinios de la teología mística producirán nunca un desprendimiento tan completo: solo la religion

se lo puede infundir al hombre.

Hallábase la reyna poseida de los consolidores sentimientos que ella inspira, en términos, que quando la volví á ver, encontré su ánimo tan encumbrado, que no se me hacia accesible ni aun con las mas indirectas exhortaciones. Parecia, que precisada á comparecer delante de un tribunal sanguinario, que era lo mismo que encaminarse á la muerte, se disponia para asistir á un convite. El 12 de octubre por la tarde fué llamada al interrogatorio secreto, al qual se presentó vestida de negro. No habia mas luces en la sala, que los dos candeleros de la mesita del escribano del tribunal. Habian destinado para la reyna de Francia un pobre banquillo, al mismo tiempo que el presidente *Hermann*, y el acusador público *Fouquier* estaban sentados frente de ella en siales magestuosos.

Antonieta respondió á las varias

preguntas que se le hicieron , con precision , laconismo y serenidad. Hubiera podido manifestar , no solamente el desprecio que le inspiraban sus jueces , sino tambien la indignacion que todas sus preguntas debian excitarle en su interior ; pero despreció estos medios , por haber llegado á tal extremo de estoycismo y de indiferencia , que eran iguales á sus ojos la vida y la muerte. Sin estar enteramente desprendida de aquella , sólo dixo lo indispensable para librarse de esta , en la suposicion de que sus jueces hubiesen dado oidos á sus razones. Mas aquellas fórmulas protectoras á que la sujetaban , eran un nuevo ultrage hecho á la justicia y á la humanidad , pues cada juez ocultaba debaxo de su manto el puñal de un asesino.

Supé en el discurso del interrogatorio el suceso que habia motivado la prision de los municipales , el rompi-

miento por consiguiente de las negociaciones á favor de la reyna, y la aceleracion de su proceso. Michonis introdujo con su imprudente facilidad en el quarto de Antonieta, á un hombre no ménos inconsiderado, que dejó caer á sus pies un clavel, y por haberlo mirado con cierta indiscrecion, dió en que sospechar al gendarme que estaba de guardia. Este dió parte del hecho al conserge, quien lo hizo saber al acusador público, el qual mucho tiempo habia que buscaba un pretexto para entablar el proceso. Fouquier tan astuto como cruel, encargó al delator, que fomentase la trama en vez de impedirla. Privada la reyna de los medios de escribir, se valió de un alfiler para contextar á la esquila que venia en el clavel; y como el gendarme se habia grangeado su confianza fingiendo un piadoso zelo, le entregó la carta punzada juntamente con el papel á que respondia. Estos do-

cumentos que nada significaban en realidad, y que recibían toda su importancia de la especie de misterio con que se les encubría, fueron llevados en triunfo á los miembros del gobierno, que empezaron desde entonces el proceso.

Aun no bastaba esto: despues de presentar á Antonieta, como dispuesta á trastornar el estado, faltaba el hacerla aparecer, como madre incestuosa que injuriaba á la naturaleza, y que pretendia agotarla en su mismo origen con excesos, mucho mas detestables que los de Mesalina. Procuraron, para salir con este infame proyecto, intimidar por grados y avasallar la imaginacion, la índole y el discurso, y aun viciar el temperamento de Carlitos, que estaba en poder del hombre mas vil, brutal y malvado, desde que habia sido separado de su madre. El niño, mas desgraciado que criminal, olvidando el cariño de una

madre y rindiéndose al azote del demonio incitado contra él, fué el ciego é inocente órgano ; por cuyo medio exhaló la tiranía los mas negros vapores contra la reyna. La acta de acusacion la presentó á la Francia ; como una indigna prostituta , que habia formado de sus hijos otros tantos discípulos de la corrupcion y de la torpeza. Esta infamia excitó la indignacion pública contra el tribunal ; pero este se acostumbraba á insultarla , ó por mejor decir , iba ya sofocándola con la sangre que derramaba.

Pasé con Antonieta una parte de la noche que siguió al interrogatorio , y á la mitad de ella le llevaron la acta de acusacion , que empezó á leer con tranquilidad , y solo se detuvo algunas veces , para rebatir con un rasgo picante y satírico las calumnias , de que estaba entretejida. No solo injurian , me decia , á la humanidad , sino que sus expresiones bár-

baras se oponen tambien á las primeras reglas de la lengua. ¡Que estilo! ¡que conjunto de ideas opuestas, de pensamientos falsos y de expresiones equívocas! No es este el language que elevó á tan alto grado la pluma del afectuoso Racine, del afable Fenelon, del tierno Juan Jacobo; sino el idioma del infierno en la boca y cartapacios de los demonios.

Al otro dia de madrugada fuí á ver á la reyna, y la encontré que se desayunaba con apetito. Luego que entré, me dixo con cierta sonrisa; voy á salir á la palestra, y es necesario tomar fuerzas para la pelea, porque las he de haber con un lidiador vigoroso y hábil.

Un portero, acompañado por dos oficiales de la gendarmería, vino á noticiarle, que el tribunal ya formado la estaba esperando para oirla. Segun el rumbo que llevan las cosas, dixo la reyna mirándome, no soy ya

mas necesaria que qualquiera otra : otra qualquiera y yo , yo y qualquiera otra somos casi iguales en la antesala de la muerte , y este tribunal en nada se diferencia del cadalso.

La seguí á lo léjos , y la vi atravesar velozmente , aunque con mucha dignidad , las dos hileras de espectadores que se habian agolpado á su tránsito. Llegada á la sala del tribunal , su aspecto impuso de repente silencio á todo el congreso. El portero le señaló la silla de *acusada* que debia ocupar , y subió á ella como si fuese á un trono ; y sentada aun parecia dictar leyes á los asesinos sus jueces.

Los diarios de aquella época , y despues varios escritores , han compilado las circunstancias y formacion de este célebre juicio , que ocupará uno de los capítulos mas instructivos é interesantes de la historia. Muchos han visto la acta de acusacion , el exámen

y deposiciones de los testigos, las preguntas hechas á la reyna y sus respuestas, las altercatas suscitadas entre ella, el tribunal y los testigos, la recopilacion del presidente, la arenga de los defensores, el pedimento del acusador público y la sentencia final. No pudo impedir la tiranía de los decémviros, que se divulgasen estos documentos; aunque por su medio engrosó los tesoros de cólera, que tan justamente les arrebatáron en lo sucesivo: ó por mejor decir, solo permitiéron que se trasluciesen estos horribles por menores, porque encontraban en ello pruebas de su poder, y pábulo para su vanidad. Pero ya se guardáron bien de aterrar al público con el quadro, que ofrecia en aquellos tiempos su carnicería legal, y de presentarle el discurso que pronunció Antonieta poco ántes de su sentencia. Voy á dar una idea de ambas cosas.

Figurémonos una sala espaciosa, cu-

yas paredes estan colgadas de una tapicería de campo azul, adornada con trofeos revolucionarios. Los dos tercios de esta sala, dividida en dos por medio de una balaustrada, están reservados para el publico, ansioso de las tragedias que empiezan á representarse en la otra division. Allí se ven sentados en un estado elevado, al rededor de un largo bufete lleno de cartones y papeles, cinco sujetos, cuyos cabellos son negros y lisos, su color pálido, su mirar siniestro y sombrío, y su frente constantemente arrugada. Se descubre el desasosiego en sus facciones alborotadas, en sus extravagantes discursos y en sus movimientos convulsivos. Su sangrienta sed, que toma incremento con la misma sangre que derraman, devora sus secos paladares, que remojan á menudo con grandes vasos de agua. Estan envueltos en un manto negro muy cumplido; un ancho sombrero con un pesado plumage

cubre sus cabezas; y encima de sus pechos, donde se agitan sus corazones ansiosos de mortandad, se distingue la señal tricolor, símbolo de una libertad mal entendida. Se ven detras de estos, dos hileras impares de jurados, escogidos por lo regular de la clase mas ignorante, crédula y débil, sentados en dos bancos paralelos. Está puesto á la cabeza de estos ciegos instrumentos de destruccion, un caudillo experimentado, envejecido en los homicidios, infame por sus delitos, sin pudor ni conciencia, que no conoce la compasion, y que desde las puertas de la Abadía, donde ensayó por primera vez sus armas en las jornadas de setiembre, consiguió á fuerza de asesinatos el supremo empleo del tribunal revolucionario. Este es el diestro capitan, que despues de recibir la órden del presidente, la comunica á sus compañeros de caverna: sus ojos centellantes vagan de continuo de

los jueces al concurso, de los espectadores al acusado, de este á los jueces, y de estos últimos á su dócil cuadrilla: acecha sus movimientos, atisba el murmullo de los labios, escudriña las miradas, se introduce hasta el interior, lo observa sin cesar, y con una pantomima continuada da cuenta exácta al gefe superior, cuya benevolencia y voto mendiga con baxeza. En premio de estos distinguidos servicios le comisionan para dirigir nuevos asesinatos, y dentro de pocos días, si el presidente llega á ser representante del pueblo ó ministro, logrará siguiendo este orden la plaza de presidente.

A la derecha del que desempeña este encargo hay un bofetito, en el que está escribiendo un sujeto, cuyo nombre se ha hecho sinónimo con el de *asesino*. En su ancha y lisa frente se lee eserito con letras de sangre: LA MUERTE: su nervudo brazo hace de continuo mil gestos homicidas,

y parece que difunde LA MUERTE: de su boca en fin, como de la de una furia, sale y resuena el terrible grito de LA MUERTE.

Entre este que la pide, el presidente que la manda, y el escribano que extiende el decreto, hay una silla de cuero, usada ya por infinitos sentenciados, donde se sienta el acusado del día. Con el tiempo sustituyéron á esta silla, en que solo cabia una persona, tres órdenes de gradas en forma de anfiteatro. Allí hacinaban sin distincion las edades, los sexos, los estados, las sectas y las opiniones: el opulento asentista general estaba al lado del miserable campesino; el remendon cerca del duque y del par; el decrepito octogenario junto al agraciado y robusto jóven; el morador de las riberas del Escalda con el de los Alpes; el judío con el católico romano; el constitucional Le Chapelier con el realista de Grammont, y

el sensible Phillepeaux con el inhumano Hébert.

Ocupaba en esta ocasion el fatal asiento una sola persona, que llamaba la atencion de todos los circunstantes. En este dia de mentiras, de laciones, humillaciones, denuestos y calumnias, no ví su semblante inmutado ni siquiera una vez. Podia decirse, que deseando batallar las pasiones groseras con las sublimes, habian escogido estas para domicilio el corazon de Antonieta, y para asiento su augusta frente; miéntras que el tétrico odio, la venganza ansiosa de sangre, el fanatismo embriagado de falso zelo, la estúpida ignorancia, y la crueldad con su corazon de hierro, ostentaban su furor en los horribles semblantes de aquellos sangrientos juezes.

Despues que por mandato del acusador Fouquier se leyó la acta de acusacion, modelo de atrocidad y de pésimo gusto, se pasó al exâmen de los

testigos, entre los quales ví sujetos muy distintos entre sí por su opinion, conducta y talento; pero que todos tardaron poco en experimentar la fatalidad de una misma suerte. Era cosa deplorable y extraña, el ver en un mismo tribunal, juntos en el mismo recinto y reunidos con el mismo fin, al sabio y eloqüente Bailly, que de la plaza de académico que honraba, ascendió al distinguido puesto de corregidor, para subir de allí al cadalso; al energúmeno Hébert, que aconsejando delitos consiguió el empleo, que habia obtenido Bailly á fuerza de inspirar y practicar la virtud; á Manuel, calumniado y asesinado, por no haberse atrevido á mostrarse decididamente virtuoso ó decididamente criminal; á D' Estaing, que inclinó baxo del hierro de los verdugos su laureada cabeza; á Valazé, que vivió como Aristides y murió como Caton; á Michonis y á los municipales, cu-

ya imprudencia fué la causa de su muerte; al inhumano Simon, que reunia la ferocidad y la extravagancia; al insigne Lecointre por fin, cuya cabeza exáltada estuvo siempre en contradiccion con sus verdaderos sentimientos, y que por poco perdió á la Francia, atropellando con una justicia *intempestiva* á algunos de sus déspotas ya derribados.

La recapitulacion del presidente Hermann estaba escrita con mas método, y fué pronunciada con ménos arrebatos que la acta de acusacion; pero no se ocultó á algunos observadores, que en el ardor de las disputas y en la serie de las preguntas hechas á los testigos, se procuraba esparcir el gérmen emponzoñado del proceso, que se habia de entablar en breve contra ellos. Así es que hubo momentos, en que me pareció, que los dos Latour-du-Pin, D'Estaing, Valazé, Manuel, Michonis y Bailly habian

pasado de testigos á acusados. El infame tribunal anticipaba las contusiones á los asesinatos.

María Antonieta satisfizo á las preguntas, y refutó todas las objeciones con particular moderacion y con admirable serenidad: apénas se me hacia creible la mutacion que en ella observaba. Su frente sosegada, sus ojos apacibles, la perfecta tranquilidad de su semblante, sus ademanes circunspectos, y su sencillo, conciso y convincente discurso, al paso que excitaban el interes de los espectadores, provocaban la envidiosa ferocidad de los juezes. El dominio que la reyna habia adquirido sobre sí misma, se lo aseguraba sobre todos los demas: su moderada defensa y su afabilidad, si me puedo valer de esta expresion en semejantes circunstancias, se grangeaban las voluntades; mas eran otros tantos delitos de que se hacia culpable para con el tribunal. Quería este

sin duda, que se hubiese dexado llevar la reyna de la altanería propia de su carácter, ó contaba á lo ménos con algun arranque fuerte del orgullo humillado; pero nada de esto sucedió. Si quisiera ennoblecer este quadro grandioso de suyo, la compararia á una roca, que eleva hasta las nubes su tranquila frente, mientras las embravecidas olas se estrellan á sus pies; pero me limitaré á decir, que me pareció no la tenia mas inquieta la disension de un asunto de que pendia su vida, que pudiera estarlo, si se tratara de un negocio doméstico. La inocencia resplandecia en su persona; y aunque procuraba disimular su superioridad, conservó siempre el semblante propio de los juezes, al mismo tiempo que estos parecian reos condenados á muerte. Solo una vez se excedió de los límites de moderacion que se habia propuesto, en vista de la infernal atestiguacion de Hébert

y de la torpe interpelacion de un jurado. Afirmó el primero que Antonieta, despues de la muerte de su esposo, tenia escuela y habia dado á sus hijos lecciones de torpezas; que la salud de Carlitos se hallaba notablemente deteriorada á consecuencia de estos excesos, de que se horroriza la naturaleza y se avergüenza la honestidad; y que él mismo habia denunciado los desórdenes de que era víctima, imputándoselos á su madre. Esta declaracion irritante y falsa abochornó é indignó á la reyna, la qual recobrando con esta impensada conmocion su arrogancia habitual, tuvo á ménos el responder, contentándose con ridiculizar al desvergonzado delator con una cruel sonrisa. El presidente mismo no se atrevia á llevar mas adelante tan abominable informacion; pero un jurado mas insolente osó interpelar á la reyna, y traspasó su corazon con el mas agudo puñal. Las facciones de

Antonieta expresaban muy al vivo su cólera y horror, y sus ojos derramaron algunas dolorosas lágrimas, hasta que prorumpió por fin con el acento del regato ultrajado. *La naturaleza rehusa contestar á semejante imputacion hecha á una madre: apelo á quantas puedan hallarse aquí presentes.* Lloró despues de esta exclamacion, y luego recobró poco á poco su respetable y moderada serenidad.

Se encargaron de su defensa dos célebres abogados: el uno, que era *Tronson du Coudray*, murió despues, víctima de la opresion directorial, en los desiertos de Synamary; el otro, *Chauveau-Lagarde*, se ocupa con fruto en la gloriosa carrera de la abogacía, y varias veces ha visto premiado su talento, librando del cadalso á los infelices, que hubieran perecido por el influxo de la ignorancia ó de la preocupacion. Ambos se valiéron, para defender á la real cliente, de los

fecundos recursos de la eloquencia : y aunque la de Ciceron desarmó en otro tiempo á Cesar , que habia ido al tribunal con designio de castigar , y le obligó á perdonar ; los defensores de Antonieta , ménos afortunados , porque hablaban á corazones mas empedernidos , apeláron en vano á todos los medios de este arte maravilloso. ¿Y que númen ó que prodigio hubiera podido ablandar estas almas tan fieras , para quienes el delito era una necesidad , un placer y una obligacion ? ¿Ni como hubiese perdido el tribunal la útil y gloriosa ocasion de acreditar su zelo á los decémviro , ofreciendo á sus pies la cabeza ensangrentada que antes habia ceñido la corona ?

Despues del alegato de los defensores pidió Antonieta y obtuvo permiso para hablar , y pronunció poco mas ó ménos el siguiente discurso , que los periódicos de aquel tiempo se guardaron bien de publicar.

„Nunca me he hecho ilusion acerca de la suerte á que me destinabais: habeis decretado mi muerte; vais á pronunciarla, y yo estoy resignada. En vano mis defensores os han manifestado, que yo ni era, ni podia ser delincuente: estais convencidos de mi inocencia; pero lo estais aun mas, de que es preciso que muera. Cumplid pues con la comision que se os ha encargado, enviándome al suplicio, y mañana al rayar el dia, id á recibir la paga por este nuevo asesinato, presentando mi cabeza á los pies de vuestros amos.

Permítaseme con todo aprovechar los últimos momentos que se me conceden, para dar algunos consejos saludables á los que me oyen, á vosotros mismos y á los usurpadores.

Cabezas del poder que se llama gobierno, ya está llena la medida de vuestra autoridad, y va á verterse por todas partes. El cúmulo de vuestros

delitos se levantará contra vosotros: la sangre derramada sin justicia ni utilidad clama ya por la venganza: la conseguirá, y vosotros pereceréis sin remedio.

Verdugos, vestidos de jueces; la impunidad de vuestros crímenes os alienta á cometer otros nuevos. Vuestra embriaguez sanguinaria que os tiene adormecidos, os causará vahidos dentro de breve, y entónces desaparecerá el aparato consolador y la apariencia de justicia, que ahora os afianza; caerán vuestras mascarillas de jueces; se verá vuestro aspecto de asesinos, y pereceréis sin remedio.

Vosotros, Franceses, á quienes la tiranía codicia y devora ya en su interior, ¿queréis libraros de sus insultos? Quando seais arrastrados ante este tribunal, negaos á responderle, haciendo presente su incompetencia. ¿Se atreverá á degollaros, sin haberos oído? Si á tal se atreve, acabará á

momento su poder, y la sangre que ha hecho derramar, retrocederá para anegarle.

Yo misma, que hago esta advertencia, os hubiera tambien dado el exemplo, si solo fuese muger: mas era y soy todavía madre, y la naturaleza me prescribe, que me conserve para mis hijos.

Al salir de una vida que me es odiosa tanto tiempo, les tengo lástima, porque la han de disfrutar baxo el dominio de los mismos, que la llenan de amargura. ¡Así el Eterno, protector de la inocencia, los liberte llamándolos á sí, del suplicio á que viven destinados!

Doy gracias al público por el silencio que ha guardado mientras se ventilaba mi causa, pues me ha dado con esto una prueba de los deseos que tiene de mi libertad. Estoy agradecida á mis defensores por su zelo: he gozado por la última vez de los no-

bles acentos de la eloqüencia, y nunca he oído otros que mas persuadiesen. ¡Ojala sean mas afortunados en otra ocasion!

Esposo mio, voy á encaminarme á la muerte por las sangrientas huellas que me has señalado. Dentro de algunas horas estaremos juntos en un mismo sepulcro, y yo aun volveré á ser tu esposa.

A Dios, pueblo bueno, aunque inconstante: quando llenabas de flores y perfumabas con inciensos mi trono ó mi carroza, estabas muy distante por cierto de creer, que pararia en un pátibulo. A Dios.... voy á sacrificarme á tus extravíos; pero lego mi hijo á tu generosidad.

¿Estan ya dispuestos los verdugos y levantado el cadalso? Dadme el parabien, porque una muerte gloriosa me privará de la vista de tantos delitos. Me separo del infierno y de sus perversos habitantes, para entrar en el

seno de Dios y de mi esposo. „

El acusador público leyó su pedimento, y concluyó pidiendo, que la acusada fuese condenada á muerte. Pronunció el presidente la sentencia, y al decir *pena de muerte*, se oyó un sordo murmullo entre los espectadores. La reyna no mudó de color ni perdió su serenidad; solo sí que á las palabras *conspiracion contra el Estado*, soltaron sus labios cierta sonrisa de indignacion. El congreso guardó entónces el mas profundo silencio.

El tribunal mandó, que volviese á su prision la reyna, la qual se levantó, atravesó la sala con velocidad, baxó otra vez á la conasegería, y sin que se le escapase una palabra ni una mirada, entró en su quarto, donde su primer pensamiento y la primera gestion fué, ponerse de rodillas, para ofrecer al Señor el suplicio que le acababan de imponer. Al hallarla en esta situacion: Señora, le dixe, V.

M. desamparada por los hombres , busca en el seno de la divina misericordia las fuerzas , que necesita para terminar el sacrificio. Los auxilios de la religion , y la presencia y voz de su ministro , pueden aliviar mucho vuestra dolorosa suerte. Pagad ahora á la naturaleza que padece , y á la frágil humanidad el tributo de flaqueza , que le debe toda criatura : llorad , señora , que nunca pueden deshorrar las lágrimas que se derraman por los propios hijos : el primer afecto que ha impreso Dios en nuestros corazones , ha sido el deseo y el cuidado de nuestra conservacion. Si es pues siempre terrible el momento en que nos separamos de esta vida , aun quando una avanzada edad ó los continuos achaques estan señalando su término , ¿ que será , quando es preciso dejarla á la mitad de su carrera , y en unas circunstancias , en que la naturaleza y la fortuna concurren á afianzar nuestra felicidad? Con

todo el Eterno ha señalado el término de la vuestra con uno de aquellos incomprendibles decretos, que debemos adorar aun quando nos hieren, y ha querido conducirnos al cadalso por la escabrosa senda de los infortunios, de las calamidades, del abatimiento y de los trabajos. No quiero inculcaros mas estas ideas, porque tengo hartto conocida la grandeza de vuestro ánimo; y sé, que no amancillaréis con infamias y baxezas ese noble carácter, que ha asombrado á la Europa, y aterrado á vuestros enemigos, y que contemplaréis sin inmutaros la muerte, que es para V. M. el principio de una feliz y gloriosa vida. Todo acabó ya para V. M.; considerad que es la mano misma del Todopoderoso la que corre el velo entre vos y el mundo; guardad un respetuoso silencio, y humillad vuestra cabeza á las disposiciones del Altísimo.

Antonieta me dió las gracias, por-

que habia formado y conservaba tan elevado concepto de su valor, y me prometió, que su porte no me haria mudar de opinion. Entónces se ofreció por su propio movimiento, á hacer la humilde y sincera confesion de sus faltas ante el tribunal de la penitencia. Me edificué al oirla; no porque la proximidad de la muerte le causase escrúpulos, recordándole su vida pasada; sino porque era verdaderamente piadosa sin supersticion ni sistema, estaba muy instruida en la moral evangélica, y sinceramente arrepentida de haberse desviado de ella muchas veces, por los desbarros propios de su carácter, por los errores de la educacion y por los estorbos de la grandeza.

Así que concluyó, y que en nombre de Dios, que me ha hecho su sacerdote, y me ha dado sus veces, liberté á la real penitente de la prision de sus culpas, me entregó una

bolsita, que contenia algunas cartas suyas y de su familia, y varias apun- taciones acerca de los sucesos de su vida. De estos papeles he extractado los documentos justificativos de mi narracion: otros hay que no me ha sido dado hasta ahora publicar; pero lo verificaré, quando acabe de salir el sol de justicia, que ya asoma por nuestro horizonte. Sin embargo voy antes de concluir, á dar á la luz pú- blica el testamento de Antonieta, que encontré sellado y con sobrescrito á mi nombre, y cuyas cláusulas he pro- curado cumplir, en quanto ha estado en mi mano.

A las cinco de la mañana del dia 25 tocáron llamada, para reunir toda la gente que estaba sobre las armas, y pusieron cañones en las ca- bezas de los puentes, en los desem- bocaderos de las plazas, y en las en- crucixadas de toda la carrera. La rey- na adivinó lo que eran estos prepara-

tivos, y lo dijo repetidas veces; mas sin dar muestras de alterarse.

No me pareció adecuado para el pasto espiritual de una persona de su carácter y pensar, reproducirle en los últimos momentos ciertas oraciones, piadosas á la verdad, pero secas y áridas; y como juzgaba que debia ocuparla en meditaciones mas entretenidas, le leí algunos lugares del libro de Platon sobre la inmortalidad del alma, muchos capítulos de la imitacion de Jesucristo, un pasage del eloquente sermon de Massillon acerca de la disposicion para morir, y el admirable himno, que Milton pone en boca de los ángeles, quando forman coro de adoracion y amor al rededor del Dios, cuyo poder y bondad estan siempre glorificando. Este trozo, que es de los mas sublimes de la lengua y escritos ingleses, infundió en el espíritu de la reyna tal quietud, resignacion y desprendimiento, que la pre-

sencia de los verdugos ya no le causó la menor perturbacion,

Levantóse al velos, se prendió en la cabeza un gorro con mucho esmero, se puso al cuello un pañuelo, y salió, siguiéndola yo inmediatamente, y los verdugos detras de toda la comitiva.

Encontró en el corredor, por el que se entraba á su quarto, al gendarme, que por haberla delatado á los municipales, habia ocasionado ó acelerado á lo ménos su proceso y sentencia. Paróse con este encuentro, y se le encendiéron los ojos de indignacion; pero acercándome: acordaos, señora, le dixe, de Jesucristo, que oró en la cruz por los mismos que le crucificaban. Me miró, mudó de semblante, y dixo enternecida al gendarme: Dios te perdone, como yo te perdono; y luego continuó vuelta á mí: aun debia darle las gracias, porque ha puesto fin á mis trabajos,

mas no me siento con fuerzas para rogar por él.

En un rincon del patio, donde se habian juntado muchos presos para verla pasar, descubrió á la muger del alcayde, madama Richard, y habiéndola llamado por su nombre, le agradeció muchísimo la consideracion con que la habia tratado, y le pidió, se portase del mismo modo con todos los infelices, encargados á su custodia. Despues añadió: Di á Michonis, á Toulan y á quantos padecen por mi causa, que me voy de este mundo con el mas vivo sentimiento de haberles causado su perdicion: su imagen me acompaña en los últimos momentos, y espero llevarla conmigo aun despues de mis dias. Se adelantó un poco, para coger las manos á la alcaydesa, y decirle con el acento mas patético: madama Richard, si algun dia... me horrorizo de pensarlo... mas ahora todo es posible... si algun dia traxeran

á esta cárcel á mi hermana Isabel... á mis hijos... á mi desgraciado Carlos. — No pudo pasar adelante; porque las lágrimas se lo impidieron; y así es que hizo un ademan expresivo, para acabar de suplicar á la afable alcaydesa, que favoreciese á su familia.

Avergonzada por haber llorado, procuró recobrar su serenidad enxugándose las lágrimas. Saludó á los presos con magestad, manifestó su agradecimiento á los porteros, y salió por fin de la conserjería, despues de haber recibido de todos las mayores pruebas de interes, y de haberles causado tanto sentimiento como admiracion.

Luego que abriéron las últimas puertas, vimos que un innumerable gentío, inquieto y alborotado, llenaba el patio, galería y escaleras de palacio, y la plaza sobre que está construido. Quando la reyna subió al carro

que se le habia dispuesto, cesó el rumor, y empezaron á guardar silencio. Aráron las manos á la paciente, se puso á su lado el cura de Saint-Landry, clérigo constitucional, y yo seguí el lúgubre carruage.

Desde el tribunal de Justicia, que es de donde salió, hasta la plaza de la Revolucion, en la que estaba el cadalso, ocupaban ambas aceras mas de treinta mil soldados, divididos en dos filas. Las calles, plazas, puentes, ventanas, y hasta los texados estaban llenos de muchísimos espectadores de todas edades, sexos y estados, que ansiaban presenciar un acto, tan nuevo como deplorable. Resonaron luego por el ayre sus imprecaciones y gritos, y especialmente un puñado de mugeres desgñadas, de mal talante, con los ojos encendidos, y embriagadas de sangre y de vino, daban horribles alaridos de rabia y muerte. La reyna, sin hacer mérito de semejan-

se furor, solo pensaba en las verdades fundamentales de la religion, que la alentaba en aquel duro conflicto, y cuya excelencia iba á experimentar en la otra vida. En efecto su espíritu, esento de las pasiones y afectos terrenos, parecia haberse ya desprendido del mundo, para volar á su criador.

Una hora tardó la reyna en llegar frente del cadalso, y su vista le hizo perder el color; pero se tranquilizó al instante, y recibió arrodillada la última absolucion del ministro que la asistia. Dentro de poco, le dixe, princesa desgraciada, habréis coronado con un glorioso martirio la larga agonía, que os hacen sufrir los tiranos. Dentro de poco los ángeles del Señor juntarán vuestra alma con la de vuestro augusto y bienaventurado esposo. — Téngame Vm. presente en sus oraciones, y no desampare á mis hijos.... Dios mio, recibid mi muer-

te en satisfaccion de mis pecados. — No bien hubo dicho estas palabras, se apoderaron los verdugos de la víctima, y mientras que puesto de rodillas ofrecia su sangriento sacrificio en fervorosas oraciones, los repetidos gritos me manifestaron, que se habia ya verificado el funesto fin de aquella terrible tragedia.

La tiranía, que despues de la muerte de Luis XVI. procuraba aun disimular sus atentados, se entregó desde este punto á acometerlos sin reserva, sin utilidad y sin reparo: la abrasadora lava del volcan revolucionario cubrió el suelo de la Francia, é infestó á sus desdichados habitantes: los facinerosos ya no guardaron mas miramiento y se propasaron á toda clase de excesos: los representantes del pueblo, la flor del senado, en que fundaba sus esperanzas la nacion, y los sujetos, conocidos por sus heroicas virtudes y sobresaliente ingenio, tuvié-

ron de allí á poco la misma suerte que la reyna, siguiéndoles los ciudadanos más distinguidos.

Si expresase el nombre de algunos en particular, injuriaria á los que omitiese, porque todos fueron igualmente nobles víctimas de la proscripcion. Baste decir, que poco despues del asesinato de Michonis y de los municipales compañeros suyos, y quando la cuchilla de los tiranos se habia ya ensangrentado en el venerable Malesherbes y su familia, me resolví á salir de Francia, donde no podia hacer ningun bien, y pasarme á Inglaterra, para reunirme con mis amigos que estaban consternados; y no me atreví á volver á un suelo, manchado por todos los crímenes, hasta que transcurrieron algunos meses despues de la abolicion del horrible triumvirato, y hasta que la inundacion de sangre humana empezó á disminuirse. Edwino se apartó de mi lado, para activar la

negociacion, que ha restituido á la libertad y á su familia la interesante huerfanita, que fué un tiempo objeto de su intempestivo amor, el que se mudó en lo sucesivo en respetuoso afecto de compasion. Desde esta época he venido á pasar la vida, y á comunicar mis penas á los restos de las familias, asesinadas por el cuchillo de los Marios y Silas, y á los huesos que encierra ese lúgubre asilo. Estos sepulcros me dan útiles lecciones, me enseñan á menospreciar las grandezas engañosas, los bienes caducos, y los falsos deleites, y á no estimar mas, que la virtud fundada en la moral y en la religion, y practicada sin vanidad. ¡Así estas cenizas, que aun estan calientes, y rociadas de sangre y de lágrimas, impongan á los magistrados en sus obligaciones, como me imponen á mí en las mias! La debilidad del monarca y el indiscreto amor propio de la reyna han

alentado á los conspiradores, y suministrado pretextos á los ambiciosos. Si los que gobiernan el dia de hoy el estado, quieren verse seguros de los puñales de aquellos y de las maquinaciones de los otros, *sean justos*. De este principio, como de un fecundo origen, emanan, la benignidad que patrocina, la beneficencia que anima, la severidad que atemoriza al delinquente, la clemencia que perdona las faltas, la templanza que despoja al vicio de su veneno, dá mas realze á los atractivos de la virtud, y uniformando los sentimientos conduce á los mortales á la felicidad.

TESTAMENTO

DE MARÍA ANTONIETA.

(Documentos justificativos, núm. 21.)

„En el nombre de la Beatísima Trinidad y de la santa Iglesia, cató-

lica, apostólica y romana, en cuya fé he nacido, vivo y protesto morir:

Hoy 5 de setiembre de 1793 yo María Antonieta de Lorena, archiduchesa de Austria, viuda de Luis XVI. rey de Francia, presa en la conserjería del tribunal; pero libre en lo que mira á mi voluntad, pensamientos y espíritu, queriendo manifestar, en quanto pueda, lo agradecida que estoy á los buenos oficios que he recibido, en las apuradas circunstancias en que me he visto, de los sujetos que despues expreso; he nombrado y nombro por albacea especial y universal de este testamento al abate Edgewort de Fermont, confesor ordinario de madama Isabel, princesa de Francia, el qual asistió con sus consejos y caridad al rey, mi esposo, en sus últimos momentos.

Encargo al rey Luis Cárlos, mi hijo, en la suposicion de que la serie de los acontecimientos le restablezca

en el trono de su padre, que solo se acuerde de su funesta muerte, para portarse con mas firmeza y ménos irresolucion. Que nunca olvide, que la falta de carácter causa la ruina del hombre particular, el menosprecio de los reyes, y muchas veces, como ahora, la pérdida del estado.

Juzgo inútil el recordarle lo mucho que debe á madama Isabel, su tia y mi hermana; porque quizá está en ánimo, como lo es el mio, de que esta virtuosa princesa le sirva de madre, y de no hacer cosa alguna sin aconsejarse de ella.

Aunque yo queria que la princesa María Teresa, mi hija, se casase con un archiduque, primo suyo por línea materna; como la voluntad del difunto rey, mi esposo, era de que contraxese matrimonio con el duque de Angulema, hijo del conde de Artois, su tio; encargo á mi hijo, cumpla los deseos de su padre, luego que su

hermana se halle en estado de poderlos cumplir por su parte.

Doy gracias á mi querida y amable hermana Isabel, por el grande afecto que siempre me ha profesado, y por lo mucho que ha cuidado de mis infelices hijos. Ruego á mi hermana, que en el caso de que mi hijo se siente en el trono, dirija sus pasos, á lo ménos en los principios de su reynado; y si está condenado á pasar en una cárcel los tristes dias de su niñez y los años mas amargos todavía de la juventud, suplico á la misma, que le consuele con su acostumbrada bondad.

Lego á mi desdichada familia la única prenda que está á mi disposicion; y es un brazalete texido de cabellos de mi esposo y mios, símbolo otro tiempo de amor, y ahora recuerdo de luto y llanto.

Encargo á mi hija, que repita alguna vez, acompañándolo con el pia-

so, el romance que compuse acerca del fin trágico de su padre: las lágrimas, que derramé al tiempo de formarle y quando lo cantaba, no carecian absolutamente de satisfaccion.

Suplico á mi hermana, que recibiera, en prueba de mi memoria, el exemplar del *Viage de Anacársis*, que el señor de Fermont tuvo la bondad de regalarme. No dejo á este digno y respetable sacerdote mas testimonio de mi reconocimiento, que la molestia de cumplir, en quanto le sea dado, esta mi última voluntad: su grande corazon no necesita de otra recompensa.

Dono á la alcaydesa, madama Richard, mi cartera con los dos dibujos de lápiz negro que tiene dentro. No puedo dexar de alabar su excelente conducta, pues ha aliviado con su afabilidad mi horrorosa situacion, y honra en mi opinion un empleo, que

habia yo tenido hasta aquí por baxo y despreciable.

Dono á madama Harvel, por el zelo con que me ha servido miéntras he estado en la conserjería, mi bolsillo con las seis medias onzas que hay en él, y siento no poderle pagar mejor sus servicios.

Pido perdon á los señores Michonnis, Toulan, Dangé, Jobert, Lepitre y á los demas, así municipales como ciudadanos, por los trabajos que han padecido por mí; y ya que la suerte me ha privado de medios para agradecer sus buenos oficios, deseo que encuentren el premio en el heroismo que se los ha dictado.

El señor de Fermont hallará dentro de la cubierta de este testamento los retratos de tres señoras, que son madama de Lamballe, de Mecklenbourg y de H. ***. Le ruego, que envíe el primero al señor de Penthievre, y dirija los otros á mi hermano,

el emperador de Alemania, quien los entregará á las señoras que me los regaláron en prueba de su afecto, así como yo les acredito el mio, devolviéndoles estos recuerdos.

Perdono de todo corazon á los que, con motivo ó sin él, se han declarado enemigos y perseguidores míos. Aconsejo al duque de Orleans, que no abuse por mas tiempo de un poder que sabe es usurpado; sino que lo honre, y haga olvidar los medios porque lo ha habido, patrocinando á los pobres y castigando á los malvados.

Concluyo, deseando que la Francia sea feliz, poniéndome en manos de la providencia, y encargando á las personas caritativas, me encomienden á Dios en sus oraciones.

Firmado, María Antonieta.,,

EXTRACTO DEL DIARIO DEL
CIUDADANO DESAULT, PRIMER CIRU-
JANO DEL GRANDE HOSPICIO DE
CARIDAD.

(Documentos justificativos, núm. 22.)

El día.... del año.... recibí una ór-
den de los miembros de la convencion
nacional, para que me presentase en
la casa de sus juntas, donde se me
comunicaria un asunto de entidad.

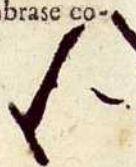
Encontré allí á los representantes
en número de unos veinte y cinco,
entre los quales ví á muchos, cuyos
nombres hacen honor á las artes, á
las ciencias y á la patria. Me recibie-
ron con mas agasajo que puedo mere-
cer, y el presidente, despues de ha-
ber hablado de mis acertadas curacio-
nes, prendas, decia él, y recompensa
de mi zelo y talento, añadió; que
iba á confiarme un encargo, no ménos

interesante que delicado. Era este, restituir al hijo de Luis XVI el uso entero de sus facultades intelectuales, que habia casi del todo perdido, por un deplorable concurso de circunstancias.

La obscura política del gobierno, que destruyó el 27 de julio, habia condenado á este niño infeliz no solo á la mas rigurosa esclavitud, sino tambien á los errores de una educacion corrompida. El bárbaro, á quien diéron el título de ayo, desempeñaba este encargo, envileciendo el espíritu y sentimientos de su alumno. No satisfecho con la depravacion moral, procuró trastornarle los órganos é incomodarle en términos, que su parte física viniese á destruirse con el tiempo.

Tal fué en efecto la triste consecuencia de estas pérfidas combinaciones, pues el pobre Carlos encerraba dentro de su cuerpo, fatigado con continuados tormentos, una alma sin energía, incapaz de elevarse nunca á la

dignidad de hombre, y acostumbrada enteramente á la baxeza y sujecion. No eran estos por cierto los pensamientos que le inspirara su madre, la qual habia empapado, por decirlo así, en el orgullo, y alimentado con la altanería el corazon de su hijo, comunicando á sus principios y opiniones la grandeza que la caracterizaba. El zapatero Simon, vil instrumento de los ministros de la tiranía, hizo los mayores esfuerzos, á fin de disminuir y acabar, si le era posible, con la elasticidad de aquella índole activa, cuyos ímpetus temian las almas baxas y despóticas aun para lo sucesivo. Pero el carácter de Carlos, que de habia ya desenvuelto por la fuerza de su precoz talento, no podia doblegarse; y así es que su ayo se propuso destruirlo. Cayó el niño desde la elevacion de las ideas mas sublimes, en el mas deplorable envilecimiento: porque temian que obrase co-



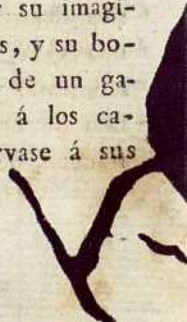
mo rey, le reduxéron á no pensar siquiera como hombre; y solo pudo respirar un poco, quando su verdugo fué castigado con el último suplicio.

Uno de los primeros cuidados del nuevo gobierno, fué correr á libertar las víctimas del antiguo. Los representantes del pueblo que fuéron á visitar los presos del Temple, se horrorizaron y condoliéron de su situacion. Dos tiernos arbustos, únicos renuevos de la antigua encina que destruyó el rayo, se sostienen mutuamente estando unidos, y oponen alguna resistencia á la impetuosa furia de los ayrados vientos, entretejiendo sus flexíbles ramas; mas ¿que seria de ellos si estuviesen separados? El menor soplo haria inclinar sus cimas hasta el suelo, y los arrancaria facilmente de raiz. Pero ¿como podian tener cabida semejantes ideas en unos entendimientos que solo se alimentaban de la destruccion, y en aquellos

corazones sedientos siempre de sangre? Los huérfanos fuéron separados el uno del otro, y la princesa vivia léjos de su hermano; el qual estaba encenagándose en el inmundo estiércol. Encontráronlo los representantes en el desvan de una torrecilla, que estaba á la inclemencia, sin muebles, sin pavimento ni de ladrillo ni de madera, y semejante en todo á un sucio establo. El desventurado, casi desnudo, pues solo tenia cubierto lo indispensable con una mala arpillera, estaba acurrucado dentro de un hediondo tabuco y acostado en una guaniente paja, resguardándole del rigor del invierno y de los calores del verano un viejo tapiz hecho giras. Todos los dias á cierta hora, iba arrastrando y temblando desde su quarto á la puertecilla de su prision, por la qual le dexaban caer con desden un pedazo de pan y unas pocas legumbres crudas, á las que solian agregar

algunas frutas. Simon abria una vez á la semana toda la puerta, y dexaba entrar una canal de agua no muy clara en el albañal de su víctima, para limpiar la porquería: posteriormente ya no tuvo este cuidado, de modo que el infeliz respiraba el mefitismo mortífero de sus inmundicias. No habia llegado el malvado guardian á este exceso de descuido y perversidad de un golpe; sino que empezó por el contrario, dirigiendo con arreglo á cierto plan metódico la educacion de su alumno. Los principios que le enseñaba, las opiniones que le inculcaba, y los discursos que le hacia oir ó repetir, correspondian á la verdad muy poco al decoro de las costumbres, á la prudencia de la política ilustrada, y á la moderacion de una vida sencilla, tranquila, útil y laboriosa. Simon queria convertir al hijo de un rey, no en un ciudadano frances, lo qual hubiera sido ménos

mal visto, sino en un frenético espartano, ó en un salvaje independiente. Por una contradiccion, que solo puede caber en un perverso y extravagante discurso, al paso que por una parte le entretenia con las quimeras de un republicanismo anárquico, le envolvía por otra en los pañales de la mas supersticiosa esclavitud. Le permitia que ultrajase la honestidad de su hermana, que calumniase la memoria de sus padres, y se ensuciase en cierto modo sobre el túmulo de su madre; pero al mismo tiempo que le concedia esta libertad, le oprimia con el yugo de una indecorosa sujecion: como si con sugerirle el delito, solo hubiese buscado pretexto para castigarle. De este modo el hijo de reyes podia muy bien amancillar su imaginacion con ideas sanguinarias, y su boca con expresiones propias de un ganapan; con tal que dócil á los caprichos de su amo, encorvase á sus



pies su degradada cabeza. Simon contemplaba con gusto este quadro de la ignorancia atrevida y de la insolente rusticidad, que aplastaba y hollaba los restos de la ilustracion y de la grandeza. Su muger, tan malvada como él, y abandonada igualmente que su marido á la insaciable sed de sangre y de vino, se unia con este para atormentar á la infeliz criatura. La infancia, esta amable época de la vida, que se atrae todos los corazones, la desgracia que los enternece, el desamparo que mueve á compasion á las almas mas insensibles, que pide con tanta eloqüencia los auxilios y los consigue siempre con las lágrimas; todos estos motivos de conmiseracion endureciéron mas á aquel inhumano matrimonio, que parecia el del diablo con una furia. Durante el dia no habia tarea pesada, desagradable y penosa, á que no sujetasen al pobre niño. Estaba encargado de las ocupaciones de-

méticas y de las faenas mas indecorosas, y las desempeñaba con zelo y esmero; nunca se quejaba ni chistaba, contentándose con derramar algunas lágrimas, quando el trabajo excedia sus fuerzas. Tanto agrado y docilidad eran recompensados con duros modales, semblante ceñado, palabras injuriosas, y muchas veces con gestos coléricos. El desdichado Carlos tomaba el sustento á los pies de sus verdugos y sobre el desnudo suelo: comia callando, y atento á las señas de sus horribles amos, sin atreverse á levantar los ojos para mirarles. Los gritos de Simon, sus continuas maldiciones, la expresion irónica y sangrienta del semblante de su muger, la áspera voz, y conversacion obscena y cruel de la misma, aterraban y hacian temblar al real huérfano. No terminaban sus penas con el dia: el sueño, en que todo desventurado encuentra un asilo, no librabas á

este de la barbarie de sus carceleros. Apenas cedia á la necesidad de aliviar por medio del descanso sus tiernos miembros; inhumanamente fatigados, los gritos de Simon, semejantes á los de una fiera, lo sacaban de la cama. *¿Donde estás; Capeto?* clamaba el abominable guardian: *llégate; para que te vea.* El niño se arrojaba despavorido de su yacija; medio dormido, trénulo y en el horror de las tinieblas iba arrastrando al lecho de Simon, quien, dándole un puntapié ó un reves, lo volvía á enviar á su rincón, como si fuera un despreciable mono.

Este horrible ejercicio se repetía muchas veces en la noche, y duró algunos meses; al cabo de los cuales convencido ya el gobierno de que la estolidez, que procuraban inspirar al preso, empezaba á borrar aquel primer carácter, por el qual se distinguen los hombres de los brutos, dió

una orden á Simon, para que coronase su trabajo, llevando al extremo su infamia. Halagaba mucho este mandato la desidia y crueldad del monstruo, para que dexase de observarlo puntualmente. Carlos, que estaba ya mal vestido, fué despojado de su ropa usual, á la que sustituyéron unos pobres andrajos: la muger de Simon presenció esta transformacion, que fué llamada con cruel alusion, *el juego del rey desnudado*. La amable víctima, que no habia perdido su donayre y salud por la prision, calamidades, pésimo trato y mal sanos alimentos, sufrió que le cortasen la rubia cabellera, sin atreverse á dar muestras de sentimiento: posieronle en la cabeza un gorro roxo, y sin camisa ni calzado fué conducido al establo, de que acabo de hablar.

Quando fuéron los diputados, se les presentó temblando. Le habia crecido el cabello, era mucho mas alto,

y tenía ya formadas las facciones: aunque desfigurado por estar muy flaco y pálido, conservaba siempre muchos vestigios de su natural hermosura, que se descubría por entre los miserables andrajos, y á pesar de la falta de limpieza. Su mirar en especial, no obstante de ser tímido en extremo, se hacía reparable por cierta expresion de un vivo candor, semejante al que se pinta en los ojos de los ángeles. Manifestaba en la sonrisa la bondad de su padre, y algo de la altanería de los Lorenas: veíase por fin, que hubiese embelesado en la prosperidad, quando interesaba tanto en medio de las desgracias. Con afabilidad, palabras consoladoras, buenos modales y agasajo alentáron al amable huérfano, y poco á poco disipáron su desconfianza y timidez: entónces fué su asombro igual á su admiracion. Hacien la misma impresion en los de su edad los proyectos para lo venidero,

que los recuerdos de lo pasado; y así es que causaba mucho mas su candorosa alegría el bien presente, que el contento por verse libre de tantos trabajos, ó la esperanza de no volverlos á experimentar. La costumbre de estar sujeto al azote de Simon, le hacia hablar siempre de este hombre con temor y respeto. No se atrevia á contar lo que de él sabia; y era ademas tal la excelencia de su corazon, que á pesar de los malos que le habia hecho sufrir su indigno ayo, le conservaba siempre una especie de reconocimiento. Quando supo despues el castigo de este hombre inhumano, lloró; y preguntado, si lo hubiera mandado castigar siendo rey: yo le hubiese hecho sentenciar, respondió, para dar exemplo á los demas; pero no dexaria por eso de llorar.

Con el continuo cuidado, vestidos limpios, una habitacion saludable, alimentos sanos y abundantes, y diver-

siones acomodadas á los deseos de un niño, procuráron aliviar la suerte de aquel, á quien no se podia imputar otra cosa, mas que el haber nacido cerca del trono. El gobierno señaló sujetos de conocida caridad, prudente patriotismo, carácter suave, conversacion instructiva, y afable trato, para que atendiesen á todas sus necesidades. Le fué permitido á su hermana, el juntarse con él á ciertas horas del dia, al tiempo de comer y para jugar. Fué muy tierna la primera reunion de los dos hermanos, y las que tuviéron en lo sucesivo, proporcionáron á entrambos la mas agradable diversion. Carlos apenas conservaba idea alguna de los acontecimientos, y solo tenia presentes los posteriores á la época, en que lo separáron de su madre para enviarlo á Simon. María Teresa por el contrario como tenia mas edad y habia padecido ménos, se acordaba de todas las

desgracias, que habian descargado sobre su familia. La memoria de su tia Isabel le era principalmente muy apreciable, y nunca hablaba de ella, sin que le saltasen las lágrimas.

Aunque nunca se confió, poder gravar en el corazon del hijo de Luis aquella clase de afectos, que constituyen al hombre de carácter, se creyó á lo ménos, poderle educar como hombre. El gobierno ha acreditado con sus desvelos por este niño, que la desgracia, donde quiera que se halle, reclama su atencion, y que los republicanos pueden, sin ofender á la patria, condolerse de la humanidad y socorrerla. Ya no vivimos en aquellos tiempos de barbarie, en que era sospechoso el grito de la naturaleza y criminal la expresion del sentimiento: nosotros somos sin duda republicanos y patriotas; pero no nos hemos olvidado por eso, de que somos hombres.

Este fué el principal motivo que

determinó á los miembros del gobierno, á enviarme para consolar y curar al afligido hijo del último rey. Anda, ciudadano, me dixo el presidente; esmérate en cuidar de un desdichado, para quien ha sido la vida un dilatado suplicio: restitúyele la salud, y añadirás este timbre á los muchos que te has adquirido. Habiendo ido aquella misma tarde al Temple con uno de mis discipulos, fuimos introducidos en el quarto del hijo de Luis.

Estaba sentado en una silla poltrona, y muy entretenido hojeando un libro de estampas iluminadas. La hermana, puesta á su lado de rodillas, para estar mas cerca, le explicaba el asunto de cada una, y él la escuchaba con mucha atencion. Una asistente, en pié y á algunos pasos de distancia, contemplaba este quadro de confianza y amor fraternal, dispuesta á acreditar el suyo al enfermo.

Al ver este al administrador que nos acompañaba, se sonrió: levantóse María Teresa, y se retiró despues de hacerme una cortesía y de besar á su hermano. La enfermera, que era una muger de quarenta y cinco años, alta, flaca y macilenta; pero de un aspecto bondadoso, se acercó al enfermo y le dixo: ¿Siempre con las estampas, querido? Estos señores vienen á visitar á Vm., y quisieran hablarle un rato.

Empezé á agasjarle, y le dí una fineza, que él se puso á tocar y registrar con mucho contento. Entretanto observé atentamente sus ojos, color, expresion de sus facciones, y su postura habitual. Le tomé el pulso, y lo hallé débil, aunque regular; examiné su lengua, y no advertí la menor novedad. Me pareció en general, que tenia una salud delicada y algun asomo de raquítis; observé ademas cierta obstruccion en las glándulas, y

que se iba formando algun tumor escrofuloso. Prescribí el régimen que debia guardarse: y como conocí por varios síntomas, que su mal provenía en gran parte de la melancolía, que le habian causado las muchas calamidades; al tiempo de dar cuenta al gobierno de esta mi primera visita, le exhorté, á que procurase de acuerdo conmigo la curacion del enfermo, librando su espíritu de las penas que lo atormentaban, y poniendo en práctica para este fin, los remedios indicados por los autores.

Al dia siguiente dispusieron un quarto, hermoseado con quanto puede deleitar los sentidos, sin tocar en el extremo del luxo. Estaba preparada una patética y armoniosa música para el momento en que entrara Carlos; el qual se admiró y complació al verse en una pieza, puesta con tanto gusto. Estaba toda adornada con una colgadura de verde claro, cuya guar-

nición era de rosa y lila; pendía del techo una magnífica araña; otras mas pequeñas estaban colocadas sobre la chimenea; y encima de las repisas de mármol habia candeleros con olorosas buxías, que llenaban el ayre de fragancia, y cuya luz reverberaba en los espejos. Ocho quadros grandes muy preciosos, y muchas estampas interesantes, entre las que se habian interpolado algunos retratos de las personas mas estimadas, servian de adorno á este aposento, amueblado por otra parte con tanto esmero como sencillez. Nada llamó sin embargo mas la atencion del huérfano, que una paxarera de pintados xilgueros de distinta especie, y una pequeña librería con libros para su uso.

Iba yo por lo regular á visitarle todas las mañanas, y cada vez encontraba alguna ingeniosa mutacion. Un dia sí, otro no, tocaban los músicos en la antesala algun concierto armo

nioso, al tiempo que se acostaba, para que esta dulce melodía contribuyese á conciliarle el benéfico sueño. Los paseos por el mirador de la torre, que estaba compuesto á manera de jardín y lleno de flores, le proporcionaban un ejercicio fácil y diario. Su hermana por fin con la lectura y el canto, el agrado de la asistenta, las visitas de algunos amigos, las conversaciones instructivas, los entretenimientos siempre variados, y la continua mutacion de las diversiones inocentes, empezaron á ahuyentar de su espíritu y entendimiento el desasosiego atormentador, y dexaron lugar á la amable tranquilidad, á la sencilla sonrisa y á las candorosas gracias de la infancia.

Se habia aficionado extraordinariamente al discípulo que me acompañaba, llamado *Cipriano*, y luego que se presentaba este, abandonaba Carlos todos los juegos, para gozar de la vis-

ta y conversación de su amigo. No olvidé este medio tan eficaz, aunque sencillo, para curarle; y los comisarios, con quienes lo consulté, me facilitaron su execucion, dando licencia á Cipriano para entrar en el Temple todos los dias y á todas horas; pero yo quise que solo le visitara por las tardes.

El cuidado con que atendia á la salud de Carlos, no me hacia olvidar á los enfermos del grande Hospicio, la mayor parte de los quales perecia á manos de una rápida y furiosa epidemia; sin que pudiesen contenerla los remedios del arte, ni el saber de los médicos de sanidad, ni la atencion y zelo de sus discípulos. Algunos de los últimos murieron contagiados, y Cipriano experimentó tambien su fatal influencia, no obstante de no haber asistido al Hospicio desde que empezó á ir al Temple, para que los pestíferos miasmas no le comu-

nicasen la enfermedad que tanto cundia. La que este sufrió no fué mortal, pues quando fuí á verle, ya estaba casi restablecido. No tengo que agradecerlo, me dixo, á la benignidad del mal, ni á la robustez de mi edad y temperamento; sino á la constante amistad y afectuosos servicios de *Felzac*. Diciendo esto, me señaló un jóven de veinte y cinco años, original en su semblante, que no me era desconocido. Supe, que acudiendo al curso de mi enseñanza y asistiendo al Hospicio, habia hecho conocimiento y contraído amistad con Cipriano, de cuyo pais no distaba mucho el suyo. Estos por menores, que ahora parecen impertinentes, tendrán alguna disculpa dentro de breve, y se conocerá la necesidad de referirlos.

Acudia ya por las mañanas diez y seis dias consecutivos al Temple, y en el décimo séptimo me entregáron, al volver á mi casa, un paquete

consignado á mi nombre. Contenía este una caxita de caoba, inclusa dentro de otra mayor de pino. Abrí aquella con una llave de plata sobredorada, que estaba sobre su tapa, y debaxo de una carta, que leí inmediatamente y he copiado en este diario, encontré diez cucuruchos con cinco mil reales cada uno. Este regalo, aunque considerable, no era, segun se colegia de la carta, mas que un preludio de otros mayores; y el servicio que por ello me pedian, se reducía á lo siguiente.

Despues de elogiar mi talento y sensibilidad, felicitaban *al nuevo rey Luis XVII.*, (este era el nombre y título que se daba á Carlos, hijo de Luis XVI.) porque habia sido puesto á mi cuidado. Entraban luego en materia en estos términos; „Vn. tiene asegurada su fortuna, si quiere, no digo facilitar; sino cerrar solamente los ojos, y no oponerse á la empresa que

va á intentarse. El designio y deseos del que dirige á Vm. esta carta, se limitan, á libertar al rey del poder de los que gobiernan en la actualidad. Sé que Vm. no sigue sus opiniones; y de esta diversidad de pensamientos puede, y debe resultar cierta desaprobacion, que se diferencia poco del odio. Si Vm. pues, ó bien por odiar á los usurpadores, ó porque estima al rey, gusta conocer á los que siguen su causa, devuelva esta carta con el sobre del pié, y entónces acudiré á la cita, para tratar sobre las circunstancias del proyecto, &c.,

Dí al momento parte á los comisarios, y me mandáron, que contestase y devolviese la carta que se me pedia, con el sobrescrito expresado en la misma. La intencion del gobierno era, cercar con espías el sitio señalado para la cita, de modo que se tomaran las señas del sugeto que me la habia dado, ya que no pudiesen

aprenderlo. Confieso que me costó mucho el consentir en este paso, que se oponia á mi ingenuidad; pero el convencimiento de que obrando de esta manera, era útil al estado y lo libraba seguramente de una guerra civil, dispó mis dudas y desvaneció mis escrúpulos.

NOTA. La muerte de Desault, que sobrevino entretanto, interrumpió la continuacion de este diario, del qual solo he publicado un extracto, desnudo de las observaciones anatómicas y médicas, igualmente que de las reflexiones morales y científicas, conducentes sin disputa á los progresos del arte que exercia este célebre cirujano; pero que parecerian insípidas á la mayor parte de los lectores. La suerte del hijo de Luis XVI. es lo único, que debe interesar en una obra de esta naturaleza. Sin embargo el inesperado fallecimiento de Desault hubiera cortado el hilo á nuestra his-

toría, á no mediar la bondad de Cipriano, aquel jóven con quien Carlos contraxo tan estrecha amistad. Noticioso de las investigaciones que hacia, para concluir la historia secreta de las calamidades de la última familia real, me proporcionó el conocimiento de Felzac, que volvió á Paris despues de la pacificacion de la Vandée. A este pues, dexo el encargo de continuarla, observando tan solo, que no soy el autor de los hechos contenidos en su narracion, ni de las reflexiones que los acompañan; y que únicamente los refiero, por creerlos tan adecuados para satisfacer la curiosidad de los lectores, como incapaces de perturbar la tranquilidad pública, y la respetable y pacífica conducta del gobierno.

RELACION DE FELZAC SOBRE
LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS DE
LA VIDA DEL DELFIN.

No es necesario, que reproduzca aquí los principios de mi conexión con Cipriano. Aunque no tuve al entablarla otro intento que servir á mi partido, como hallé la amistad donde solo buscaba mi interes, no es posible que aquella época se borre en ningun tiempo de mi memoria. ¡Ojala esté siempre presente en la de mi amigo!

Me hice discípulo de Desault, siguiendo las instrucciones del general Charette, de quien era agente, y mis opiniones personales. Unas y otras me bastaron para empezar á tratar á Cipriano por mis fines particulares, pero quando la conformidad de nuestros pensamientos nos hizo mutuamente amigos, ya solo tuve que obedecer á los impulsos de mi corazón.

Con la enfermedad de Cipriano tomó incremento mi afecto, y estuve muchas veces tentado de manifestarle quien era, y confiarle el objeto de mi comision y el secreto de mi partido; pero al mismo tiempo que mi cariño me inspiraba estos deseos, los reprimia su singular probidad. Estaba él muy distante de aprobar las diversas formas de tiranía, que se han destruido mutua y sucesivamente, haciéndose unas sobre otras; mas no anhelaba por esto el gobierno monárquico: contento con desear, que se estableciese una justa y feliz república, reducía su política á cumplir con su obligacion. De consiguiente si yo le hubiese comunicado el proyecto, cuya execucion estaba disponiendo, me exponía á imposibilitarla y á perder el fruto de mi trabajo, privándome juntamente de un amigo, sin ser útil á mi rey: así es que callé por entónces.

Es verdad que en la carta, que

procuré llegase á manos de Desault, dixe lo suficiente, para fomentar las sospechas y comprometerme; pero hablando con ingenuidad, me habia equivocado en el concepto que tenia de mi maestro, y obíe con poca madurez, creyendo que el regalo que acompañaba á mi esquila, allanaria todas las dificultades; pues le tenia por hombre poseido del interes, quando solamente era económico.

De todos modos fué puntual á la cita; pero como otro agente de Charette y yo teniamos conexiones con algunos comisarios, supimos lo de las espías, que repartidas en distintos puntos debian tomar nuestras señas. Evitamos esto, enviando á Desault un mandadero, que le entregó otra carta con segundo sobre, el qual no podia por el pronto comunicarse á nuestros observadores.

Quedó Desault muy maravillado al ver, que uno de sus discípulos era

conspirador; y aun se admiró mas, quando le participé el plan que Charette nos habia confiado. Reducía-se á sacar del Temple al rey, dexando en su lugar un niño de su misma estatura, que se le pareciese bastante, y mortalmente enfermo, si era posible: todo lo qual era muy fácil al cirujano del grande Hospicio; mas este tenia por cargo de conciencia el ayudarme, y se negó por lo mismo. Fuéron inútiles mis reflexiones; mis ofertas lo desazonaron; y me costó mucho el hacerle convenir, en que guardaria el secreto de mi propuesta por dos dias, quedando en volverle á ver al tercero.

Era indispensable aprovecharse de este tiempo. Durante la conversacion, que acababa de tener con Desault, se le habia escapado una exclamacion, que no se me pasó por alto, y las luces, que de ella saqué, me fuéron de grande utilidad.

Cipriano, que no era ménos callado que yo, nunca me habia dicho, que todas las tardes entraba libremente en el Temple; pero el desasosiego, que manifestó Desault al recordar nuestra amistad, me lo dió á entender muy á tiempo. Mi amigo, por hallarse convaleciente de su larga enfermedad, no habia aun vuelto á sus visitas, y yo necesitaba de que hiciera una por lo ménos, para arriesgar la que tenia proyectada. Desault fué el que me sirvió, sin saberlo, en esta ocasion; pues me avisó al dia siguiente por la mañana un enfermero, á quien tenia prevenido para esto, que mi maestro se habia llevado á Cipriano al Temple. Ya no dudé desde aquel punto de la posibilidad y feliz éxito de mi tentativa.

Es necesario que mencione una ligera fraude, una especie de traicion que hice á la amistad, y que la misma me ha perdonado despues. No tra-

to ahora de sincerarme ; pero se verá fácilmente , que obré como corresponde á un hombre , á quien importa mas que su propia existencia y tanto como su honor , el servir á su rey ; y que venza su partido.

Mientras Cipriano estuvo enfermo , dormia yo cerca de su cama , y continuaba haciendo lo mismo durante su convalecencia. Esta colocacion , que era debida á nuestra amistad , fué en este caso muy favorable á mis ideas.

No cesé de seguirle y observarle desde que volvió del Temple , ni le perdí de vista en todos sus pasos ; y estaba seguro de que no habia dejado ni cerrado en parte alguna los papeles , que le facilitaban la entrada en el Temple. Pudiéron muy bien haberse quedado en poder de Desault , porque yo sabia por el enfermero , mi confidente , que no se podia entrar allí sin órden expresa del gobierno. Por si acaso la tenia mi amigo , es-

peré con impaciencia á que anoche-
ciese y él se acostase , para quitar-
sela.

Despues de un rato de conversa-
cion , que se me hizo un siglo , dur-
mióse finalmente , y yo , metiendo
la mano poco á poco en su bolsillo,
saqué la cartera , que abrí y registré
escrupulosamente. No habia en ella
ningun decreto de oficio , sí solamen-
te una targeta pentágona con el nom-
bre de Cipriano en la una cara , y
el de los dos representantes , inspec-
tores de la convencion y miembros
del gobierno , en la otra. Guardéme este
documento , volví á dexar la cartera
en su lugar , y fuí á acostarme , com-
batido por el temor y la esperanza.

Al dia siguiente luego que regresó
Desault , me fuí al Temple con la
incertidumbre de si me franquearian
la entrada. Presenté la targeta , dicen-
do que me enviaba Cipriano ; con lo
que me abrieron las puertas , y lle-

gué hasta el quarto mismo del monarca sin la menor dificultad.

Entre algunos dones que he recibido de la naturaleza, convienen todos en atribuirme el de captarse la voluntad y ganarse los corazones; y yo hize uso de esta habilidad en la presente ocasion. El enfermo gustó mucho de mi conversacion, que la asistente alargó quanto le fué posible, haciéndome al fin prometer que volveria. Le pedí permiso para llevar á Carlos algunos juguetes, que le aliviasen sus penas, y salí del Temple dexando hechizados á los guardas con mi buen modo.

Procuré por otra parte desviar á Cipriano, y evitar una explicacion peligrosa, induciendo baxo de cierto pretexto á un amigo de ambos, á que lo entretuviese toda la velada; de modo que él no se vió libre, sino quando ya no podia perjudicarme.

Desault era formidable, y su pre-

sencia podia desbaratar mi empresa. Por lo mismo los comisarios amigos míos lo enviáron á llamar, so color de hacer ciertas averiguaciones, á la hora precisamente, en que yo habia de poner en execucion mi designio.

Si se me pregunta, porque teniendo relaciones directas con los que mandaban, no me valia de su autoridad, ántes que de medios indirectos é inciertos, responderé: que todo el favor de estas personas se reducía á deseos y buena voluntad; pero de ningun modo se extendía á las obras, que piden y suponen mayor energía. Lo cierto es, que ya porque no fuesen capaces de elevar su alma hasta aquel grado de fortaleza, que se necesita para tramar una conspiracion, ya por un efecto del egoismo y del interes, ó bien por una razonable prudencia; han encubierto siempre sus operaciones con una reserva misteriosa. Empezó la revolucion y sigue te-

avía, sin que le hayan opuesto ningún obstáculo; así como se intentó la contra-revolucion y se hubiera llevado á debido efecto, sin que lo hubiesen prestado el menor auxilio. Se debe confesar, que como eran estimados del partido republicano, han obtenido á las veces empleos, en que han sido útiles al rey; pero, por lo que á nosotros toca, si nos han servido, no se les debia agradecer, ni se les ha agradecido en efecto, porque el disimulo se diferencia muy poco de la doblez, y la traicion viene á ser lo mismo que la debilidad. (*)

Entretanto mi compañero habia

(*) Muchas personas indicadas en este párrafo, han desaparecido de la escena política: unas por haberse retirado con prudente prevision, y otras porque han sido arrebatadas por la violencia.

conseguido, á costa de mucho dinero, un huerfanito, casi de la misma edad, estatura y color que el delfin, al qual habia de sustituir. Solo tenia este niño una cosa que nos daba cuidado, y era, que no estando enfermo como lo estaba el rey, no podria engañar á los guardas el tiempo necesario, para que nos pusiésemos al abrigo de toda averiguacion. No encontré otro mejor medio para salir de este inconveniente, que echar en la bebida que le dábamos una dosis de opio, que no le dexase despertar en veinte y quatro horas; y lográbamos ademas la ventaja, de estar seguros con esto de su silencio y docilidad. Luego que estuvo bien dormido, le quitamos sus vestidos que embarazaban mucho por ser demasiado abultados, y dexándolo en mantillas, lo metimos dentro del cuerpo vacío de un caballo de madera, que habia de servir á Carlos de entretenimiento.

to. Acompañaban á este otros juguetes, y todos iban colocados en una canasta de mimbre, que tenia un escondite, la qual puse en mi coche. Mi compañero habia dispuesto por su parte otra, llena de armas y provisiones, que habia de quedar en el baluarte, al mismo tiempo que los propios despachados una hora ántes nos disponian los tiros por toda la carrera.

Estaba tan perturbado quando iba á la torre, que hice parar por dos ó tres veces el coche, para cobrar aliento y fuerzas. Se presentaban á mi imaginacion con los mas negros colores todos los males que me sobrevendrian, si se desgraciaba la empresa; me figuraba ya arrastrado á la presencia de los miembros de la formidable comision, y de allí á la de algun severo tribunal ó terrible juzgado: me encontraba en una palabra en la mas penosa situacion. Sin embargo la razon me restituyó el valor, porque conce-

bí, que la falta de presencia de espíritu en aquel caso podia serme muy perjudicial; y así el exceso mismo del peligro me infundió tal valentía, que llegué al Temple con perfecta serenidad de ánimo.

El cuerpo de guardia dexó pasar mi coche en vista de la tarja. Quando me abrieron la puerta del segundo patio, se presentó un portero á reconocerme; y bien porque no estaba de servicio la víspera, ó porque no le habia dado ninguna gratificacion, me detuvo, ó fingió detenerme; y quando hice baxar la canasta, mandando que la subiesen al quarto de Carlos, dixo expresamente, que no lo permitiria, si no se enteraba primero de quanto contenia. Es muy justo por cierto, respondí sonriéndome, aunque rabiando interiormente; pues pudiera ser, que los juguetes de los niños formasen una contra-revolucion. Confuso sobre manera por el giro que iba á tomar aquel

incidente, empezaba á desliar los trabajos de encima, á tiempo que el alcayde principal, venido sin duda del cielo, me saludó con agrado, y abonándome á mí y á quanto conducia, me ayudó él mismo á llevarlo á su destino.

Saqué de la canasta todos los juguetes á presencia suya, y el enfermo se puso muy contento al verlos, causándole sobre todo el caballo extraordiniara alegría. Quiso probarlo al momento en el exercicio para que se le destina, y lo executó á su satisfaccion, no ménos que á la de su hermanita, de la asistenta y del alcayde. Yo, que estaba reflexionando, que en aquel instante y por el medio mas sencillo y pueril, se decidia la suerte del rey de Francia, añadí á los aplausos, algunos consejos útiles á su salud. Luego que la princesa y el alcayde me oyéron hablar de medicina, nos dexáron solos, retirándose


aquella á su quarto, y este á otro parage de la prision.

No bastaba todavía esto, pues aun tenia que deshacerme de la asistente, y no sabia si asustarla amenazándola con una pistola, ó si adormecerla con opio. Este partido era el mas seguro, pero no el mas fácil: porque ¿con que pretexto haria beber á aquella muger? ¿que diria el alcayde, si la encontrase dormida? ¿No podia entrar en recelo, y no dexarme salir? Se necesitaba ademas de algun tiempo para que obrase el soporífero, y como yo no podia desperdiciar ni un minuto, abrazé el otro medio. Entretanto que el príncipe, embelesado en su nuevo entretenimiento, se divertia sin distraerse, la llamé á parte y le dixe con valentía: ¿Es Vm. tan afecta á este desdichado, como él lo merece y Vm. lo manifiesta? — Así es, señor: ¿pero esta pregunta...? — Es de la mayor importancia, como Vm.

lo verá. Está en mano de Vm. poner fin á sus desgracias. — Señor, tiene Vm. un ayre, y me mira de un modo, que me horroriza... ¿Que hay que hacer? — Nada: solamente no chistar ni una palabra. — Me conformo; pero dígame Vm. que es lo que va á hacer. — No tardará Vm. en saberlo. Ante todo: ¿ve Vm. esto? — ¡Un bolsillo! — Hay en él diez mil reales, y son de Vm. si sabe callar. — Pero, señor... — Mire Vm... — ¡Una pistola! — Ya me entiende Vm... cuento, como he dicho, con su prudencia. — Sentóse la asistente temblando, y yo puesta la pistola á la cintura, seguí intimidándola siempre con ademanes de amenaza. En un instante determiné á Carlos, ya por seduccion ya por miedo, á que me siguiese; abrí el caballo de madera, saqué de allí el niño, que acosté en la cama del príncipe; y cerré á este en el secreto de la canasta, á pesar de

algunos sordos queixidos, de que no hice mérito por compasion. La asistente, que me estaba observando, quedó asombrada, despidió profundos suspiros, levantó los ojos y manos al cielo, y abrió la boca como para gritar; pero yo la contuve enseñándole la pistola. Concluida la operacion, fuí á abrazarla, enxugué las lágrimas que despedian sus ojos, y la consolé lo mejor que pude, obligándola á que tomase el bolsillo, que le metí contra su voluntad en la faltriquera. Presentóse el alcayde, luego que toqué la campanilla, y se empeñó en ayudarme á llevar al coche la canasta, que procuré coger por el lado del peso, que podia darle en que sospechar: me planté en tres brincos fuera del Temple, y llegué en un momento al baluarte, donde me aguardaba mi compañero con impaciencia, y con algun sobresalto.

Dexamos el precioso peso en la



silla de posta, á que subí, despues de haber despachado el coche. Podiamos disponer á nuestro antojo de los caballos, que eran jóvenes y de mucha fuerza, y estaban descansados; los postillones medianamente bebidos, no tenian ménos fuego y actividad que aquellos: de manera que llegamos y pasamos en breve la barrera, empleando en esto solos quarenta minutos.

No me habia descuidado en baxar las cortinas de la silla, y en sacar á Carlos de su estrecho encierro. Este acontecimiento repentino, su delicadez habitual y la falta del ayre, le habian hecho perder los sentidos, que solo recobró por medio de los espíritus que le aplicamos. Era muy extraordinaria situacion la de un niño, que se veia separado en poco tiempo de su hermana y de sus entretenimientos quotidianos por dos hombres, de los cuales solo uno le era un poco conocido. Ocurrí á su curiosidad y

desvanecí su justo sobresalto, diciéndole lo suficiente para que se tranquilizase, sin que pudiera comprometernos en qualquier evento. Me aproveché de la primera parada, para mudarle los vestidos de muchacho en otros de niña; y dos leguas mas adelante encontramos en una venta solitaria á una jóven, que se hallaba ya algunos dias en un lugar inmediato, la qual sin estar enterada de nuestra aventura, debia ser la aya de *mi sobrina*. Empezó á desempeñar su encargo, haciendo mil fiestas á *la señorita Carlota*, que por su carácter amable y cariñoso se aficionó desde luego á la nueva aya.

No debo omitir, que antes de salir de Paris, tuve la precaucion de enviar al enfermero, para que dexase en la cartera de Cipriano la targeta, que le habia quitado sin que él lo advirtiese. Se dexa tambien entender, que no obstante de haberme valido de es-

te hombre, tendria la prudencia de ocultarle el objeto de mis maquinaciones; de modo que nadie, fuera de Desaut, pudo sospechar, al saber el robo del hijo de Luis, que yo habia tenido parte en él. Tal era á lo ménos mi opinion; y para llevar adelante el disimulo, engañé de nuevo á mi amigo, dirigiéndole una carta con la fecha y sello de Marsella, al mismo tiempo que caminaba á todo galope por el camino de Bretaña.

Habiamos corrido mas de sesenta leguas, y nos acercábamos muy contentos al término de nuestro viage, quando al atravesar un barranquillo muy hondo y rodeado de bosque, que estaba al pié de una montaña, nos vimos cercados de repente por una partida de gendarmes. Miéntras que la aya, creyendo que estos soldados eran algunos contra-revolucionarios de los llamados *Chuanes*, se habia casi desmayado, y Carlos por el contrario

me estaba pidiendo con voz baxa un sable para defenderse ; mi compañero, que tenia el corazon intrépido y la cabeza un tanto ligera , queria saludar á aquellas gentes con algunos pistoletazos. Conocí que semejante defensa , á mas de ser fuera de tiempo, nos comprometeria , confirmando las sospechas que á mal andar se podian tener ; pero que no estaban justificadas hasta entónces. Por esto , despues de haber tenido la precaucion de meter á Carlos en el rincon mas retirado de la silla , y de haberlo casi sepultado debaxo del caporillo de su aya , me asomé por la puertecilla , y pregunté á los gendarmes , que es lo que querian. Habian ya hecho seña y gritado tambien á los postillones, que parasen ; pero estos , pagados liberalmente para no obedecer mas que á nosotros , no oyendo mi voz y fingiendo no oir la de los gendarmes, seguian apretando los caballos. De este

modo nos manejamos por espacio de diez minutos , y habiendo logrado salir á la carretera , esperábamos libranos de la partida ; quando descubrimos á cinquenta pasos otra , que se puso delante de la silla , y la obligó á que parase. Se acercó un oficial, pidiéndonos los pasaportes, que le presenté al instante. Nos mandó que baxásemos , para poder verificar la confrontacion de las señas , y tuvimos que salir de la silla , aunque muy bien armados y con las pistolas amartilladas en las faltriqueras , porque estábamos resueltos á defender hasta morir el depósito , que teníamos á nuestro cuidado. El gefe de los gendarmes daba , al tiempo de reconocernos , tales muestras de desconfianza y rezeio , que me puso en gran cuidado. Es cosa muy particuliar , exclamó despues de haber cotejado las señas de *Carlota* con las de la persona de *Carlos* ; esta identidad.... Repa-

ra, añadió hablando á uno de sus camaradas y señalando á mi falsa sobrina, ¿no ves que se parece....? Y diciendo estas medias palabras, sacó un papel largo de la cartera, lo leyó y se puso pensativo. Mi compañero, desesperado por el mismo desasosiego, y no pudiendo sufrir mas tiempo: señores, dixo añadiendo un reniego con el mayor brío, ¿acabarémos pronto?— En un instante, respondió el capitan, pues solo se trata de una formalidad, y es indispensable, que retirándome á un parage desviado con uno de Vms., exâmine el sexò de esta criatura.— Estas razones, que probaban las grandes sospechas que habia contra nosotros, ya que no estuviéramos del todo descubiertos, me sobresaltaron aun mas, porque veía por una parte, que los ojos de mi compañero chispeaban de cólera, y por otra, que ambas partidas se habian juntado á una seña del capitan, y nos estaban cer-

cando. ¿Que podíamos hacer en tal apuro? Señor, dixé al oficial, estamos muy distantes de negarnos á prestar la obediencia que debe todo ciudadano á la ley; pero ¿puede haber, baxo de un gobierno libre, justo y civilizado, alguna que mande la comprobacion de los sexôs? Si llegara á experimentarse semejante abuso, tan atroz como ridículo, y que se opone al mismo tiempo á la recta razon y al decoro; la primera obligacion de los Franceses seria sacudir, de qualquier modo que fuese, una opresion tan tiránica. — Es decir, contestó el capitán, que Vms. son unos rebeldes. — Nosotros no somos rebeldes; solo rehusamos sujetarnos á una averiguacion, que ultraja á la decencia y á la probidad. — Pues bien, señores, con la fuerza se conseguirá.... — Aun no habia acabado de decir esto, mi compañero, que estaba rabiando interiormente, sacó la pistola de la fal-

triguera, y encaró al capitán; mas erró el tiro, pues la bala solo le raspó el hombro, hiriendo á un caballo de la partida en el pecho. Todos se remolináron al punto á nuestro rededor, para estrechar mas el círculo; la aya cayó boca arriba desmayada, teniendo metida la cabeza entre dos rayos de una rueda, y Carlos se arrojó á mis brazos, pidiéndome que lo armase y defendiese; con lo qual se desvaneciéron todas las dudas y se confirmáron las sospechas. Veinte sables desnudos y otras tantas pistolas estaban asestadas contra nosotros; mis brazos servian de escudo al real huérfano, el qual comprendiendo entónces lo que motivaba aquella escena, se quitó la gorrita que tenia en la cabeza, ostentó su rubia y suelta cabellera, y esforzando con acciones sus interrumpidas palabras exclamó: Si buscáis á Carlos de Borbon, yo soy; pero no hagais daño á mis amigos....

Hubiera sido empeño vano el de luchar contra fuerzas tan superiores en número ; por lo que nos dexamos desarmar , y despues de registrada la silla , nos obligáron á subir otra vez, para que avergonzados , presos , desesperados y escoltados por los gendarmes vencedores , volviésemos á tomar el camino de Fontenay.

Habríamos andado unos cinco quartos de hora , y en el momento mismo , en que por mandato del capitan, empezábamos á encaminarnos hácia un lugar situado á nuestra izquierda , recibimos una descarga de fusilería , y nos vimos cercados por una numerosa compañía de chuanes. Su presencia nos infundió nuevas esperanzas y valor , y haciendo pedazos , con harto riesgo de lastimarnos , los vidrios y cortinas de la berlina , gritamos con todas nuestras fuerzas: *Ayuda , camaradas. Viva Luis xvii. : viva el rey.* En esto se empeñó la accion á seis pasos de no-



sotros entre los gendarmes y los chuanes, siendo igual el encarnizamiento por ambas partes, y manifestando unos y otros mucha pericia y singular valor. Los gendarmes, mejor montados y bien armados, hacian frente á sus contrarios, cuyo número era tres veces mayor. Sin embargo cinco ó seis de los primeros se hallaban ya fuera de accion, ó bien por estar gravemente heridos, ó porque tenian fatigados los caballos; al paso que el número de los otros, muy poco disminuido por las heridas ó muerte de algunos, se aumentaba de continuo con los paysanos que acudian, armados muchos de fusiles y carabinas, y los mas de instrumentos del campo. Léjos de acobardarse los gendarmes por los refuerzos que recibia el enemigo, redobláron su valor, y la mayor parte, aunque desmontados, se arrojáron, con el sable ó pistola en mano, en medio de los contrarios. Estos los recibie-

ron con tanto furor como arrojó, y la refriega fué general desde este punto, y horrorosa la carnicería. Ya solo se oía un terrible grito, formado por el clamor de todos los combatientes; los golpes que se daban por una y otra parte, resonaban á nuestro rededor; llenóse en un instante la tierra de cadáveres mutilados y de miembros dispersos; y los arroyos de sangre llegaban ya hasta nuestro carruage. Mi compañero y yo nos habíamos empeñado inutilmente en romper las puertecillas de la berlina; pero deseosos de participar del riesgo y gloria de esta sangrienta lucha, y precisados al mismo tiempo á ser ociosos espectadores, por hallarnos encadenados y presos, peleábamos con nuestras voces y gritos. Carlos correspondiendo á la valentía de sus antepasados, no manifestaba temor alguno; sino que atento á tan horroroso espectáculo de un modo que descubría bien su interior, es-

peraba tranquilo el resultado. Si me hubiera sido dado arrebatár en mis brazos aquel ilustre niño, hubiese infundido á sus defensores, presentándolo en medio de las filas, el valor necesario, para sostener la lucha, hasta vencer ó morir. Acaso hubiera desarmado también á los gendarmes; porque ¿como se atreverían á herir á sus enemigos, quando para llegarles, fuese indispensable traspasar el corazón, no diré de su rey, sino el de un tierno y desdichado niño? Tal vez no se hubiese derramado entonces la sangre humana, ni se debiera el buen éxito de nuestra empresa á la horrosa muerte de muchos de ambos partidos.

Reducidos los gendarmes á cinco de catorce que eran, se diéron por vencidos y rindiéron las armas, despues de haber durado una hora el encarnizamiento y la mortandad. Querian degollarlos los vencedores, em-

briagados con la sangre, el furor y el triunfo; pero nosotros les pedimos encarecidamente á grandes voces, que no amancillasen su victoria. ¿No bastaba que la guerra, que se habia encendido entre los ciudadanos de un mismo imperio, los dividiese en asesinos y en víctimas, incitando á unos contra otros; sino que aun los vencedores habian de extender la venganza y los excesos mas allá de los combates? Si no les convenia la voz sumisa de la humanidad, debiera moverles la del rey, en cuya defensa se habian armado, y por quien acababan de derramar su propia sangre, el qual les suplicaba, que no infamasen su triunfo. Mas el ardor de la pelea no habia dado lugar á los chuanes para que nos oyesen, hasta que ya mas sosegados, se fuéron acercando á nuestra berlina los mas curiosos ó los mas dominados por la codicia. Llamé por su nombre á uno de los gefes, á quien

yo conocia, y le informé brevemente de nuestra expedicion. No es posible expresar su admiracion, alegría, enagenamiento y alborozo: el mas atroz espectáculo fué seguido de una escena la mas tierna. Luego que abrieron la berlina, baxé teniendo á Carlos en mis brazos, y su vista enterneció á los mismos corazones que acababan de cebarse en la matanza; los ojos, que poco ántes arrojaban llamas de cólera, derramaron copiosas lágrimas, y las manos, en que todavía humeaba la sangre, estrecháron las blancas é inocentes de su príncipe. Se sonreia este con apacibilidad en medio de aquella cuadrilla, furiosa algunos minutos ántes y loca ahora de contento; y señalándonos como á sus libertadores, me abrazaba cariñosamente, aumentando de este modo la alegría y júbilo general. No se hartaban de mirarle, pues los tenia embelesados su candorosa hermosura, que se hacia mas in-

terezante por su palidez , indicio de la desgracia y de un corazon afectuoso. La aya , no ménos maravillada , guardaba un respetuoso silencio , y contemplando de tiempo en tiempo con llorosos ojos á su alumno , le cogia una mano para besársela con ternura. Tantas sensaciones diversas y opuestas hicieron una fuerte impresion en nuestros ánimos , y mas que en los nuestros en el de Carlos , el qual manifestó su conmocion con abundantes lágrimas , á las que se siguió un largo desmayo. Los afectos de los que estaban á su rededor , se cambiaron entónces de repente ; pues empezáron á dar no solo gritos , sino ahullidos de rabia y desesperacion : se abrazaban mutuamente , y levantando al cielo su colérica vista , prorumpian en imprecaciones. ¿ Acaso se les habia dexado ver por algunos instantes á su nuevo rey , para que les fuese mas sensible su pérdida ? La malignidad de los re-

publicanos habia motivado sin duda aquel funesto accidente; (porque le tuviéron en la realidad por muerto) luego era preciso acabar con los restos de este partido. Se arrojáron todos en seguida sobre los infelices gendarmes, de los cuales estaban los mas heridos, esperando silenciosos el fin de este suceso. Cercáronlos, los llenáron de denuestos y de golpes hasta cansarse, y los hubieran muerto á todos, si metiéndome entre los agresores, no les hubiese gritado con enardecimiento: Amigos, ¿que es lo que vais á hacer? ¿Es esta la conducta, que debe guardar un vencedor generoso con su desgraciado enemigo? ¿ensangrentaréis vuestras manos victoriosas, cometiendo asesinatos? ¡Como! mas de cien combatientes, convertidos en homicidas, ¿van á degollar á cinco hombres indefensos? ¿Son culpables estos desdichados, porque han obedecido á sus gefes, como vosotros debeis obe-

decir á los vuestros? ¿Os matarian ellos, si os hubiesen vencido? Les imputais la muerte de vuestro rey, que no ha muerto, sino que vive para prescribiros la clemencia: en su nombre os hablo, y de su parte os lo encargo. Supuesto que nos vemos precisados á tener guerra con nuestros conciudadanos, hagámosla con armas iguales; pero quando estén vencidos, dispensémosles nuestra amistad. Vámonos, hijos, volvamos al amable Carlos; y llenemos quanto ántes los deseos de sus fieles partidarios, consolándolos con su presencia. — Este discurso desconcertó los pensamientos y ablandó los corazones de la muchedumbre, que se reunió de nuevo al rededor del carruage. Carlos, á quien la aya tenia en su regazo, abria ya los ojos y empezaba á respirar. Quando lo mostré á aquella gente amotinada, procuró sonreirse, y con esto se aquietaron: cesó poco á poco el alboroto,

y logramos apaciguar la agitacion y restablecer el órden. Hicimos que fuesen alojados los heridos en las casas del lugar, mandamos abrir hoyos para enterrar al punto á los muertos; y quando se tranquilizó la cosa de modo, que pudiéramos proseguir nuestro camino con toda seguridad, nos pusimos en él, colmados de los vivas y aclamaciones de los concurrentes.

Este fué el único desastre que experimentamos, del qual hablaron los periódicos con mucha inexâctitud, teniendo el mayor cuidado en no explicar su causa, ni como sucedió. Lo refiriéron, como una refriega ordinaria entre los soldados de Charente y los de la república; y observé tambien en aquel tiempo, que no se atrevieron á noticiar el rapto de Carlos, de que ya empezaba á hablarse, segun me lo escribia un corresponsal, que estaba muy bien informado. Me acuerdo igualmente, de que el mis-

mo sujeto , que me participaba el fallecimiento de Desault , publicado en los papeles , añadía juntamente ; que habiéndose tomado la libertad un periódico , de hacer algunas reflexiones acerca de la causa de esta muerte casi repentina , fué recogido al dia siguiente. Esto pudo dar lugar á mil conjeturas ; pero confieso , que no he podido hasta ahora fixarme en las mias.

No le pesará al lector , tener alguna noticia , ántes de proseguir la narracion de Felzac , de lo sucedido en Paris , despues del robo del *Pretendiente* , que es el título con que entónces designaban á Carlos. Varios representantes , que eran en aquella época miembros del gobierno , ó allegados suyos , me han confirmado posteriormente esta relacion circunstanciada , que me comunicó Cipriano.

Llegó Desault dos horas despues de haber sacado del Temple al hijo

de Luis, y se acercó ante todo á la cama, en que creía estaba el enfermo. No habiendo aun salido el niño que le sustituia, del letargo en que lo habia sumergido la bebida soporífera, quiso el cirujano tomarle el pulso sin despertarlo. Pero como cabalmente se le habia empezado á formar en la muñeca izquierda una de las escrófulas, que habia notado Desault, y no la percibió este ni la encontró, al pasar la mano por debajo del brazo del enfermo, le hizo prorumpir por de pronto esta novedad en una exclamacion. Su sorpresa fué en aumento y se cambió luego en verdadero susto, quando observando mas de cerca al que estaba en la cama, conoció que no era el mismo que habian puesto á su cuidado. Vínole al instante á la memoria la conferencia, conversacion y proyectos de Felzac, y sospechó la verdad de la cosa, sacándole de toda duda un sim-

ple exâmen y la confesion de la asistente, que aun estaba asustada. La misma admiracion sobrecogió al portero interior, que habiendo sido llamado, confirmó el robo con la explicacion de lo que habia visto. Para colmar tan penosa confusion, salió la princesa de su quarto, oyendo la gritería del de su hermano, y se presentó en medio de aquellas tres personas alborotadas. Así que supo la causa de tanto sobresalto, añadió su llanto y suspiros á los gemidos de la asistente, á las maldiciones del guardian, y á las exclamaciones y congeturas de Desault. Mas de una hora permanecieron en esta situacion, sin que nadie discurriese un medio para salir del apuro. María Teresa sollozaba en un rincon, y se tapaba los ojos con un pañuelo, para no ver al desconocido que estaba en la cama de su hermano; la enfermera se hacia amargas reconvençiones por su debilidad, inter-

rumpiéndolas solo con sordos gemidos; el portero, derecho al pié de la cama y reclinada la cabeza sobre su mano, levantaba al cielo los ojos y apretaba los dientes con un movimiento convulsivo; y Desault se paseaba á toda prisa, parándose á veces, pateando de cólera, y dando de tiempo en tiempo una ojeada al niño, que estaba dormido.

Pidió luego un tintero el cirujano, y escribió muy de prisa un breve oficio para el tribunal de policía interior. En el momento en que este lo recibió, delegó á dos representantes del pueblo, los cuales fuéron sin perder tiempo á recibir las atestiguaciones sobre el caso, justificáron hasta las menores circunstancias, y despues de haber consignado á las mugeres en el quarto de María Teresa, se encerráron ellos en el de su hermano. Como nadie asistió á esta conferencia secreta, no se puede calcular sobre las

materias que allí se discutiéron, ni acerca de las disposiciones que se tomaron, mas que por los resultados.

Parece, que por medio de los telégrafos, enviaron sin dilacion á todos los ejércitos el aviso del robo de Carlos juntamente con sus señas; ó que solamente lo dirigieron á las divisiones militares de poniente, por estar noticiosos los agentes de policía de la ruta que el rey habia tomado. De uno y otro modo se entiende, como sucedió el encuentro de los gendarmes.

Seria muy arriesgado el sostener, que todos los acontecimientos de aquella época en Paris, se debieron necesariamente á este. Varias circunstancias casuales, reunidas á las veces por el ciego capricho del destino, como para presentar oscuros enigmas á la sagacidad de los curiosos mortales; y las extravagantes combinaciones del acaso suelen motivar los hechos, sin que unos estén encadenados con otros.

Es propio de la naturaleza , educacion y gusto del vulgo , y aun le es en cierto modo indispensable , el buscar y hallar las causas en lo que está mas inmediato á los efectos ; mas no discurre de este modo el hombre acostumbrado á meditar y reflexionar. Si subiendo por las tortuosas y dificiles sendas , que separan los resultados de los principios , pierde el hilo de sus investigaciones en las tinieblas de la contingencia , ó en la artificiosa obscuridad del secreto ; se limita á dar los hechos desnudos , y sin accesorios ni conjeturas , dexando á la penetracion de los hombres que todo lo adivinan , ó á la malignidad de los que de nada dudan , el gusto y cuidado de descubrir los muelles misteriosos de la máquina , de que solo ha visto el movimiento , sin que pueda , ó tal vez quiera , explicar su estructura.

Murió Desault dos dias despues de la ausencia del hijo de Luis. Volvió

del Temple con un fuerte calenturon, y habiendo estado solo y escrito por bastante rato, dirigió á los miembros del gobierno un pliego, cerrado con tres sellos. Despues de haber hecho un reconocimiento general de sus manuscritos y papeles, y de haber quemado muchos, se metió en cama; y no obstante el cariño de su esposa, el desvelo de sus discípulos y los remedios del arte, tuvo que ceder á los fatales progresos de un mal incurable.

Cinco días despues de esto un individuo del tribunal de policía interior, llamado *Sevestro*, subió á la tribuna de la convencion, con el objeto de participarle la enfermedad y muerte de Luis, hijo de Capeto. El orador atribuyó entrambas cosas á la hinchazon raquítica, que de mucho tiempo atormentaba á este niño. En el mismo día dos empleados de sanidad, uno de los quales habia sucedido á Desault en la plaza de primer

cirujano del Hospicio de Caridad , pasaron al Temple , adonde ya acudian algunos dias , y disecaron un cadáver , *que les presentáron los comisarios , como que era el del hijo de Luis Capeto* , segun lo dice expresamente la sumaria. Así que se extendió este acto , dos comisarios civiles , á los que se habia agregado otro de policía del quartel del Temple , trasladáron los restos del difunto dentro de un ataúd , y los mandáron depositar á presencia suya en el cementerio de Santa Margarita , que está en el arrabal de San Antonio. La convencion dió parte en su diario de todos estos por menores , pero los que encuentro en la relacion de Felzac , son los que siguen.

Tardamos poco en llegar á Fontenay , donde se hallaba á la sazón el quartel general del ejército católico y real , al que habíamos despachado de antemano un extraordinario. Se pu-

só la guarnicion sobre las armas, y resonáron por todas partes las salvas de artillería en muestra de contento. Charette salió con los demas generales á recibir al nuevo rey, y á rendir á sus plantas la espada que habia desenvaynado en defensa suya; pero tomándola Carlos, la metió otra vez en la vayna, y le dixo con tanto donayre como cordura: mas me gusta verla ahí. El general contestó, que estaba dispuesto á hacer todo lo posible, para no tenerla que sacar de nuevo. Aquella noche hubo iluminacion general, y señaláron el dia siguiente para la proclamacion del rey.

Celebróse en efecto esta solemnidad en la iglesia parroquial de Fontenay, y Charette leyó la sumaria, que le habian enviado de la consagracion del hijo de Luis, hecha por el obispo de Saint ***** en la torre del Temple. El nuevo soberano prestó su juramento á las constituciones

del estado, y recibió el de los personajes, nombrados por representantes de las clases del reyno. Concluyóse la funcion, con grandes repartimientos de dinero y de comestibles, con otra iluminacion y con los bayles, que duraron casi toda aquella noche. Alojaron á Luis en el castillo, juntamente con su aya, algunas personas de confianza y nosotros. Se encargó de la guardia de su persona, una numerosa y valiente division del ejército, que plenamente convencida, de que este niño era el *paladion* de su seguridad, no dudó responder de él con su cabeza. Los extraordinarios, despachados á varias divisiones, llevaron el encargo de exígir que se les librase, en cambio de esta nueva tan feliz como inesperada, un testimonio de su juramento de fidelidad á Luis xvii.

Es muy difícil formarse una idea de la alegría y valor, que este acontecimiento infundió en todo el exer-

sito en general, y en cada uno de sus individuos en particular. Estaban desanimados y abatidos por los muchos descalabros y reveses, que habian sufrido de algun tiempo: el sacudimiento de reaccion, que motivó el 27 de julio, se habia amortiguado: los miembros del gobierno, que habian cedido en la apariencia á las circunstancias, dexando que fluctuasen en sus débiles manos las riendas del estado, comenzaban ya á cogerlas con brio y á manejarlas con valor; al paso que ó bien por fatalidad, ó por cálculo, se disminuia el número de los defensores de la dignidad real: la desercion por fin iba debilitando al ejército, y la desesperacion se apoderaba de los gefes; quando la inesperada presencia del hijo de Luis desvaneció de repente todos los temores, restituyó la confianza y la actividad, inspiró la valentía, y haciendo concebir la esperanza del buen éxito, anun-

cló la certeza de conseguirlo. Tan cierto es que el influxo de la imaginacion obra las mas maravillosas mutaciones, que su fuerza es muy temible, y que elevando los sentimientos de la voluntad, se doblan las facultades físicas.

Pero en tanto que los negocios del rey y de sus defensores tomaban un aspecto tan lisonjero, no se dormian sus enemigos. Su evasion, que no les era ménos funesta que imprevista, los habia puesto alerta; y ya que nada podian conseguir á viva fuerza, recurrieron para recobrar la presa, á los ardides diplomáticos.

Recibí una mañana aviso del general Charette, para que fuese á verlo inmediatamente. Acababan de traerle un sujeto, disfrazado de marinero, que sospechaban fuese espía, como se vió despues claramente por las preguntas que le hicieron. Se le prometió la vida, si queria salvarla, descubriendo

quanto supiese de los que le habian enviado; y el villano, prefiriendo su existencia al honor, nos dió las noticias siguientes: Que este viage, que tan mal le habia salido, era el noveno que hacia al ejército real, en el que tenia algunos conocimientos; que por medio de quince ó veinte entre gefes y soldados, que se habia ganado á fuerza de dinero para el partido de la república, estaba casi seguro de mover en el ejército un alboroto, para el qual serviria de pretexto la corteidad de los sueldos, siendo su verdadero objeto arrebatár al nuevo rey; que mientras él disponia esto por una parte, el gobierno frances preparaba por otra, para precaver todo inconveniente, varias negociaciones, que se dirigian á entablar entre los gefes vandeanos y los chuanes un armisticio, durante el qual se ajustaria amigablemente la paz definitiva; que para conseguirla, siendo una de las condicio-

nes preliminares el que volviese Carlos á la torre del Temple, se obligarian, no solo á agradecer con los primeros empleos, así civiles como militares, á los gefes de los insurgentes, y á conceder á los subalternos una absoluta y perpetua amnistía, sino tambien á reedificar las casas que les hubiesen arruinado, y á repartirles ganado, instrumentos para el cultivo, semillas para un año, y cierta cantidad de dinero, con que pudiesen ocurrir á los gastos mas indispensables para reponer sus axuares.

Hizo el espía esta explicacion á presencia de la plana mayor de Charette, y observé; que tocó muy ligeramente los primeros puntos, para poderse extender á su satisfaccion en los últimos. Al hacer esta confesion, tuvo tal maña para presentar por el lado favorable las ventajas que resultarian, segun él, si los vandeanos se conformaban con la propuesta de los comi-

sarios ; que temí , habria empezado á cebar á la mayor parte de los que presentes estaban , ya que no los hubiese seducido completamente. No fueron vanos mis temores ; pues quando despues de haberse salido , propuso el general algunas medidas para contrarrestar á las de los enemigos , no tuvo otra respuesta , que un silencio de desaprobacion. Era la primera vez que experimentaba semejante desayre ; por lo que mirándolo como una afrenta , preguntó con aquella superioridad , que inspira la conciencia pura y tranquila , en que habia disgustado á sus camaradas ; pero no logró mas respuesta , que la que le diéron anteriormente. Tenia el general un carácter tan franco , poseia en tal grado aquella generosa ingenuidad , aquella honradez caballeresca , no ménos característica de la nobleza del siglo de Felipe Augusto que desconocida en este , y se interesaba tanto en la causa por cuya defensa

habia tomado las armas; que estaba muy distante de recelar el motivo del extraordinario silencio de sus oficiales. Yo, que por estar mas exercitado en conocer el interior de los hombres, habia adivinado lo que pasaba en el de estos, me atreví á decirlo abiertamente, y nadie me contradixo; pero como siempre se tiene algun reparo en cometer una accion, ó en manifestar un sentimiento, que se oponga al honor y á la obligacion, se contentáron con hacer aquella confesion tácita, sin propasarse á justificarla en la debida forma. La agradable perspectiva, presentada por el diestro espía, se adecuaba mucho al gusto de unos hombres, que hacian la guerra mas por interes, que por verdadero afecto al rey, y que cansados de agotar sin provecho su sangre y caudales, en defensa de un partido, que podia mirarse como desesperado por sus continuas desgracias; aunque no seguian

las opiniones de la otra parcialidad, estaban con todo inclinados á no desechár sus ofertas, siempre que les proporcionasen alguna utilidad real. „Mucho tiempo hace que una guerra asoladora está destruyendo nuestra patria, y arrebatando la vida á los mas intrépidos defensores de la dignidad real, con cuya pérdida se aumenta la alegría, valor y aliento de los republicanos. En vano se ha procurado engañar á los insurgentes con las esperanzas de pronto socorros, de hombres y de dinero. La Rusia, que se habia obligado á suministrar lo primero, ya no piensa seguramente en cumplir su promesa; pues su armada, que sigue siempre anclada en el mar del norte, parece que está allí encadenada, mas por la mala voluntad de los gobernantes, que por los yelos. En quanto á los demas que nos han prometido subsidios pecuniarios, hay poco probablemente que esperar de

ellos; ya porque el estado de sus rentas no se lo permita, ó mas bien porque siendo su intencion decidida, que la Francia se acabe á sí misma, obliguen á los insurgentes, no dándoles auxilios, á que se sacrifiquen inútilmente. ¿No se ha alegrado un ministro extranjero, al saber la muerte de doscientos vandeanos? ¿No descubrió el secreto de su política, quando admirándose algunos de esta demostracion, que tanto desdecia de su empleo, les contestó: *Al cabo siempre son Franceses?* Es pues evidente, que algunos gabinetes se han propuesto el aniquilamiento de la Francia, bien fuese su gobierno monárquico ó republicano. ¿No es por consiguiente inútil, temerario y arriesgado el proseguir sin mas ayuda, que el propio valor, ó por mejor decir la desesperacion, una lucha tan desigual con un enemigo fuerte, numeroso, aguerrido y vencedor? Ofrece la paz, pudiendo con-

tinuar la guerra; propone condiciones benignas y ventajosas, quando está en su mano el dictarlas duras: ¿en que pues nos detenemos?" Así peroró un mayor, orador tan hábil como mal guerrero, á quien la naturaleza, al mismo tiempo que le concedió una chispa del talento de Ciceron, le comunicó tambien su pusilanimidad. En la época de las turbulencias de la anarquía, hubiera sobresalido en las tribunas de las juntas populares; pero no poseia el entusiasmo que enciende, ni la obstinacion que sostiene la efervescencia de una guerra civil. Infiel á su juramento, fué el único que tuvo la infame osadía de cohonestar su perjurio con estos; pretextos y aunque habló por todos, no hubo uno que se le opusiese. Charette, á quien habia encendido la sangre este discurso, miraba con ayrado semblante á sus pérfidos oficiales. ¿Que estais hablando de intereses y de utilidad? exclamó: ¿que

entendeis por condiciones ventajosas? ¿Acaso hacemos la guerra para enriquecernos? ¿ni harémos la paz para reponer nuestras haciendas? ¿Os habeis olvidado del juramento, en el qual unisteis vuestra suerte con la del rey? ¿Por ventura se ha hecho ya vuestro corazon insensible á los gritos del honor? ¿No sois realistas y franceses? ¿Que es esto? los usurpadores estan sentados en el trono, inundado de la sangre de vuestros reyes, ¿y no se inflama la vuestra? Los verdugos de Luis xvi., armados de un puñal en vez de cetro, hollan con desprecio á la nacion humillada, ¿y vosotros os negais á levantarla y á castigarlos? ¿Para que mendigar, ni que necesidad hay de aguardar los socorros de la Inglaterra y de la Rusia? ¿Que tienen que ver, nuestra contienda, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestro valor y nuestra resolucion, con la flemma de los habitantes del norte

ni con la proteccion de los isleños?
¿No os llenais de vergüenza y de indignacion, no temblais de cólera, quando dexais el cuidado de vengaros en manos de los extrangeros? ¿Es Jorge ó Catarina, el que ha muerto en el cadalso? ¿Ha sufrido algun menoscabo el despotismo moscovita, ó la grande acta de navegacion inglesa? No por cierto: vuestra monarquía es la que se ha desplomado minada por la revolucion; el trono de San Luis se ha hundido en el ensangrentado cieno del gobierno popular; un descendiente de Henrique iv. ha inclinado su cabeza, que ciñó la corona, baxo la cuchilla de los verdugos; la sangre de sus afectos vasallos, de sus fieles amigos, de los mejores ciudadanos; es decir, la sangre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras esposas, de vuestros amigos y de vuestras queridas, ha caido desde los cadalsos, corriendo en arroyos por el suelo frances.

¿Y quereis dexar las armas? ó mas bien ¿pretendeis entregarlas arrodillados á los asesinos que gobiernan? ¿Esperais recibir de las mismas manos, que os han degollado y desnudado, esas promesas injuriosas? Los que han incendiado vuestras mieses, ¿os ofrecen granos? ¿Quieren reedificar vuestras casas, los que las han talado á sangre y fuego? Sí que las reedificarán; pero será con los huesos de vuestros despelizados hermanos, y uniendo estos espantosos materiales con vuestra propia sangre. Id pues, viles y pérfidos soldados; marchad, desertores de un partido que deshonrais; abandonad á los caprichos de la suerte y á la inconstancia del acaso, á ese real y desdichado huérfano, que jurasteis defender; pero llevadle ántes preso en medio de vosotros, y entregadlo á los que asesinaron á su padre; no os muevan á compasion su edad, su hermosura, su debilidad ni sus infortunios; y quan-

do esteis delante de vuestros nuevos amos, imitad su conducta, haciendo rodar á sus pies la inocente cabeza de vuestro rey.....

¡Quan poco puede la eloqüencia de la probidad contra la del egoismo! Este discurso, tan propio para atraerse qualesquiera otros corazones, conmovió muy levemente á estos; y aunque les iban á saltar las lágrimas, las reprimió el sórdido interes. Nada se decidió, y solo conviniéron, en que el espía republicano volviera á su partido, baxo la custodia de un espía de los chuanes, que le fuese desconocido; debiendo hacer este último todas las averiguaciones que pudiese, para obrar definitivamente con arreglo á ellas.

Amigo, me dixo Charette así que salió del consejo, ya ve Vm. hasta que punto puede degradarse una persona, dominada por su interes particular. La virtud y el honor son para ella nombres sin significado, los jura-

mentos un juego, la obligacion una cadena que holla y destroza á su antojo, y sus opiniones mismas varían con los sucesos y toman cada dia distinto aspecto, conformándose enteramente con las circunstancias. Estos traidores han traspasado los primeros límites, y ya nada les podrá contener en adelante: hacen grandes progresos en la carrera de la perfidia, y no es posible que se den por contentos, hasta que la hayan corrido toda por entero. No extrañaria, que dentro de breve el infeliz hijo del desventurado Luis fuese arrebatado contra mi voluntad de su asilo, y que lo entregasen en manos de sus perseguidores. ¡Desdichada criatura! ¿Que estrella es la tuya? ¿Te ha formado el cielo en un momento de cólera, y ha tejido la tela de tus dias con los mas funestos hilos? Naciste en medio de las tormentas.... fuiste alimentado con las lágrimas maternas, no mé-

nos que con la leche de tu nutriz.... tu cuna fué arrojada, como la de Moyses, al ensangrentado rio de la revolucion.... Y esta ¿adonde te ha despeñado? en un abominable calabozo, que honraron y hermosearon las virtudes de tu padre, el cariño de su esposa, el afecto de tu hermana, la prudencia de tu tia, y tus naturales y encantadoras gracias. Un martirio doloroso, aunque sagrado, consumió á tu linage: único y débil renuevo de este grande árbol, cortado por la cuchilla, no has heredado de los tuyos otra cosa que miserias; y para que estas lleguen á su mayor colmo, no bien has sido libertado de la ferocidad de tus verdugos, quando vas á ser víctima de la traicion de tus defensores, mas inhumanos todavia que aquellos. Mas ¿que digo? ¿Has de caer otra vez en poder de los tiranos? ¿te verás sumergido de nuevo en esa caverna de leones, donde te dexaria

crecer la venganza, hasta que pudiera cebarse en tu sangre? No, no: tu existencia está asegurada, mientras le quede algún aliento á la mía; gozarás de la libertad, en tanto que yo la tenga; mi vida es tuya, como lo fué de tu padre; he derramado mi sangre, y derramaré la que me queda por tu causa; mi brazo se empleará siempre en tu defensa.

Poseído el general de aquel extraordinario zelo que constituye á los héroes, y poco satisfecho de manifestarlo solamente con palabras, estaba dispuesto á acreditarlo con las obras. Seguro de la debilidad de sus oficiales, y de la alevosía que era consiguiente, se resolvió á precaverla; y despues de haber meditado, conferenciado y discurrido sobre los medios, escogimos este como mejor.

A algunas leguas del embocadero del Loyra se encuentran varias isletas, que no son por lo regular mas que

un monton de arena y de conchas; aunque algunas, mas favorecidas por la naturaleza, están hermoseadas con el grato verdor de los árboles y de la menuda yerba. Hay entre aquellos islotes uno mayor y mas fértil que los otros, al que resguardan estos del continuo embate de las aguas. La claridad del cielo que está casi siempre sereno, y la fecundidad, hermosa situacion y frescura de aquel umbroso sitio, hacen á este asilo no ménos agradable que seguro. Mas ya porque se ignoren sus ventajas, ó porque la avaricia las menosprecie como demasiado sencillas y fáciles; esta isleta estaba solamente habitada por una familia, que disfrutaba allí de los tesoros del buen cultivo, de una perfecta salud, que es el mejor de los bienes, de la amable tranquilidad y de la satisfaccion interior, en vez de los placeres dispendiosos, y criminales por lo comun, de las ciudades. Charette

habia tratado en otro tiempo á estas buenas gentes, y á ellas y en su vivienda determinó dexar al tierno Carlos, teniendo sin embargo la precaucion, de ocultarles la funesta brillantez de su nacimiento. Su aya, que con su cariño, desvelos y fidelidad se habia ganado el afecto del real alumno, y era por lo mismo merecedora de nuestra confianza, fué la única á quien comunicamos esta empresa, cuya execucion nos facilitó el empleo de Charette. Compré una barquilla, y gobernándola nosotros, trasladamos á la ribera opuesta al interesante huérfano, á quien la desgracia habia hecho prudente y discreto, á pesar de su delicada salud. Púsose contento en extremo, quando se vió en aquella deliciosa campiña, donde la naturaleza ostentaba sus maravillas en la mas risueña estacion. Las verdes yerbas, de que el rocío hacia destilar líquido aljofar; el magestuoso aspecto de la

frondosidad de los robles y pinos; las dóciles y plateadas ramas de los sauces; los zarzales, coronados de una graciosa diversidad de flores; el gorgceo de mil pintados paxarillos, que saltando de rama en rama, trinaban sus alegres y variados cantos, á par de una clara fuente que allí junto murmuraba; el vistoso esmalte de los prados y setos; el extendido horizonte, matizado con innumerables nubes de todas formas y colores, entre cuyos celages se descubria el cerúleo cielo; el viento, que meciendo blandamente las moradas violetas, llenaba el ambiente de olorosa fragancia; y el sordo y lejano estruendo de las olas, que estrellándose en la costa, arrastraban las pardas y blancas guijas con ronco ruido; todos estos objetos juntos, y cada uno de por sí, debian asombrar y conmover á una criatura, que no habia hecho mas que llorar por tanto tiempo, y que gozaba por

la vez primera del precioso don de la libertad. Derramó Carlos sonriéndose algunas lágrimas, hijas del reconocimiento y de la sensibilidad; pero fué mayor su sorpresa y alegría, quando al son de un caramillo acompañado de un tamboril, acudieron dos hermosos niños, que presentaron á sus pies cestas de frutas, y le pusieron en la cabeza una guirnalda, formada de jazmines, rosas y madreselva. Habia dispuesto esta sencilla fiesta el cuerdo general, que encontró los actores en los hijos del solitario. Abrazólos enagenado el príncipe, y enseñándonos la corona que acababan de ceñirle: Esta, dixo, no cuesta sangre, y por eso es mas apreciable.

Los cortesanos del monarca campestre nos acompañaron á ver á sus padres, que nos estaban esperando, aunque ignoraban que su huésped fuese el hijo de su rey; y así es que le recibieron como á un recomendado

de Charette, á quien tanto estimaban. Nos diéron una abundante y sabrosa comida, presentándonos fresca leche de una hermosa vaca, que pacia en la vecina huerta, exquisitas legumbres, y sazonadas y olorosas frutas.

La muger del huésped nos convidó despues de comer, á que viésemos los primores de su habitacion. Carlos se entretuvo particularmente, mirando un rebañito de carneros y cabras, entre las ~~quales habia tres vacas~~, dos novillas y un toro; y no llamó ménos su atencion la estructura de las colmenas y la industria de las abejas. Todo lo observaba, haciendo juntamente muchas preguntas y reflexiones, que probaban su gusto y talento. El jardin, la huerta, el bosque, el arroyo y el prado suministraron materia á nuestra conversacion. Ya nos disponiamos á dexter aquel divertido albergue, en que habia de quedar nuestra preciosa prenda, quando la huésped nos

habló en estos términos: No sé, señores, si proponer á Vms. que concluyan su paseo, visitando un lugar, que me es de mucho aprecio; aunque acaso á Vms. les servirá de incomodidad. Sin embargo como Vms. no son del número de aquellas personas, que se avergüenzan de derramar lágrimas de compasion, juzgo que se alegrarán de ir á este sitio, que respeto como un santuario. Sírvanse Vms. seguirme.

Nos encaminamos por un campo de alfalfa, que terminaba en una colina, por la qual trepamos; baxando despues por la parte opuesta, cuyos pies besa un abundoso arroyo, que aquellos prados fertiliza. Habia para pasarle un puente formado de tablas, puestas sobre dos grandes vigas. Se divisaba en la otra orilla un bosquecillo, lleno de espinosas zarzas y puntosas cambróneras, y rodeado de infinitas breñas: habia entre estas muchos pinos, que por su opaco rama-

ge y duro tronco, hacian una maravillosa contraposicion con las flexîbles varas y argentadas hojas de los sauces; y algunos elevados álamos, que movidos mansamente por el viento, formaban un suave y blando susurro. Tardamos poco en llegar á una estrecha calle de cedros y cipreses, cuyas espesas copas apénas dexaban penetrar algunos rayos del sol. Era el suelo de fina arena, y el campo estaba por ambas partes vestido de verde césped, y matizado con la blanca azucena, con el cárdeno lirio, y la olorosa clavellina; aunque se veia en algunos trechos la amarga adelfa, la humilde escabiosa y la purpúrea adormidera, como para denotar, que aquel sitio lo era de luto y llanto. Habia al extremo de esta calle un cenador ovalado, que tenia al rededor un cerco de altos tejos, y en medio un fúnebre monumento, construido de grandes piedras, toscamente labradas y cu-

biertas de delicado musgo. Algunos tuyas rodeaban el túmulo, en forma de candeleros, y tres grandes y hojosos sauces lo cubrian con la sombra de sus juntas y caidas ramas. Las palabras de nuestra conductora, aquel lóbrego y escondido retiro, el respetable aspecto del sepulcro campestre, el misterioso silencio que se guardaba en todo aquel contorno, el involuntario recuerdo de los pasados acontecimientos, y el penoso presentimiento de los venideros; todo contribuia á inspirarnos un respeto religioso, acompañado de terror y de compasion. Pero estos confusos afectos, que es mas fácil sentir que explicar, se cambiaron en amargo dolor, quando habiéndose arrodillado los hijos de la huéspedada delante del túmulo, vimos una esa lápida, en que aun no habiamos reparado, la qual tenia esta triste y patética inscripcion:

A LA MEMORIA
DE LUIS XVI.,
DE MARIA ANTONIETA
Y DE MARIA ISABEL,
VICTIMAS DE LA TIRANIA.

Carlos, fuera de sí y medio desmayado, se arrojó con los brazos abiertos á las gradas del monumento, abrazándolo, y besando en medio de los sollozos aquellas venerables y crueles palabras, que bañó en lágrimas. Segun eran dolorosos sus arrebatos, convulsiva su angustia, dilatados sus suspiros é interrumpidos sus clamores, parecia que quisiera hacer pasar su alma al sepulcro. Una violenta conmocion lo enagenó; y pudiendo mas que la prudencia, porque le hacia oir la voz de la sangre, y renovaba al mismo tiempo sus llagas, le obligó á exclamar,

mar: *Papá mio... mamá mia... querida tia...* Y luego añadió, despues de haber reflexionado un poco: *¿Que será de vuestro desdichado hijo?*... Inmutóse por de pronto nuestra huéspedada, y quedó como asombrada; sus hijos mezcláron su llanto con el del real huérfano; el general, reclinado sobre un ángulo del túmulo, procuraba disimular su sentimiento; y yo, contemplando en pié esta dolorosa escena, levantaba de quando en quando la vista al cielo, para reconvenirle por este funesto accidente. Ya no era posible guardar el secreto, pues este acaso lo acababa de descubrir. Por tanto Charette cogió de la mano á la huéspedada, y señalándole con la suya á Carlos, que seguia abrazado del túmulo: Vm. merecia le dixo, que se le hubiese confiado lo mismo, que acaba de saber por una casualidad; pero los infelices deben ser siempre reservados. Este niño, señora, que

he puesto en manos de Vin. y encargo á su cuidado, es el único vástago de esta respetable familia. Por ser hijo y legítimo heredero de un rey que ya no existe, es tambien rey; y con esto creo haberme explicado bastante. — En tanto que duró este discurso, estuvo inmóvil aquella muger, callada y sobrecogida de pasmo y asombro, hasta que rompiendo por fin el silencio, exclamó: ¡O providencia! ¡O eterna y profunda sabiduría de Dios! ¡Por que medios tan incomprensibles has dispuesto los acontecimientos, que nos separáron un dia, y los que ahora nos reunen! Dirigiéndose despues al hijo de Luis, y tomándolo en brazos, continuó diciendo: Querido Carlos, ¿es posible que el tiempo, las enfermedades y las desgracias, nos hayan desfigurado de tal manera, que ya no nos conociéramos el uno al otro? Mas ¿que digo? añadió mirándole con atencion; ya me voy acordando de

su semblante. Sí, estos son aquellos bit
azulados ojos, en que resplandece su
carácter apacible aun en medio de
las lágrimas; esta es su cándida y de
serena frente, donde reside la ma-
gestad y la sencillez; estos los ru-
bios cabellos, rizados por la misma
naturaleza para el mayor adorno de
una cabeza, tan linda.... ¡y pros-
crita! ¡Ay, amado hijo! ya que á
pesar de los vestigios de tus infortu-
nios, reconozco á mi augusto alumno;
¡tu corazón, á falta de los ojos, no
te dice, que soy tu cariñosa aya,
la duquesa de V *****?

Era ella en efecto, que habiendo
escapado de las prisiones del terror,
induxo á su esposo á vender el residuo
de su hacienda, para buscar lejos de
estrage de la tempestad un asilo, en
que pudiesen librarse de ella. Se em-
barcáron en Paimbœuf para pasar á In-
glaterra, y un golpe de mar les precisó
á embestir en la isleta, donde solo ha-

Ellos vivía á la sazón un viejo ermitaño, su que subsistía de las limosnas de algunas personas caritativas. Madama y de **** y su esposo, tan contentos na-como sorprendidos, por haber hallado ru-casualmente, lo que en vano hubieran smabuscado con mucho trabajo, se resol- devieron á vivir en aquella alegre y pa- os-cífica morada, que el cielo les depa- e áraba. Adquirieron, haciendo algunos tu-viages al continente, quanto necesita- no-ban para su nuevo domicilio, y re- nocurrieron en uno de estos al se- ya,ñor de Charette para cierta solici- tud; pero el general no los conoció do por su sencillo trage, propio en la or,realidad de unos aldeanos. En los diez duoy ocho meses que estuvieron en la is- della con sus hijos, reedificaron la cho- enza del ermitaño que había muerto; y m-como tenían una cantidad bastante con- n-siderable de dinero, pasaban los días isó tranquilos en una dichosa ociosidad, a- ocupando el tiempo en la lectu-

ra, en algunas tareas del campo, aunque poco pesadas, y educando á su familia. Un antiguo criado y su mujer eran sus únicos comensales y amigos al mismo tiempo &c....

—Este pasage de la relacion, que explica circunstanciadamente el modo con que el hijo de Luis se separó de la compañía de Charette y de Felzac, el regreso de estos á Fontenay y algunas particularidades personales, no me ha parecido tan á propósito para excitar el interes de los lectores, como lo que antecede. Por esto, despues de haber indicado brevemente lo que en aquella época sucedió en Paris, relativo á esta materia, concluiré la presente historia con el final de la relacion de Felzac.

Muchos meses habia, que los representantes enviados al ejército de poniente, de cuyo número eran los que Felzac ha mencionado ántes, intentaban entablar negociaciones con los in-

surgentes, para ajustar algunas treguas, de que resultase la paz. Entraba esta indispensablemente en el plan del gobierno, que iba tomando sus medidas, para que la república estuviese debaxo de una administracion constitucional, y se consolidase de este modo sobre fundamentos sólidos y estables. El espía, que se habia dexado prender de propósito, estaba encargado de exâminar las intenciones de los vandeanos, de inspirarles las más lisonjeras esperanzas y de cebar su codicia. Era hombre de carácter afable y de fino talento; y como no se le habia ocultado la impresion que causó su estudiado discurso, dió cuenta, quando volvió á su quartel general, de que el de Charette se hallaba en la mejor disposicion, excepto el mismo Charette. Pero por mucha que sea la autoridad de un general, como esta depende del voto y opinion de sus soldados, pierde toda su fuerza, en el momento que

este voto y esta opinion se convirtieron contra él. Los comisarios creyeron, que esta ocasion era muy favorable para empezar las negociaciones; y quando enviaron á sus delegados las condiciones preliminares que debian proponer, insistieron principalmente en que se les devolviese á Luis; obligándose ellos á tratarle con toda la consideracion, que era debida á su edad y á su desgracia, teniéndole solamente como en rehenes para la seguridad de la pacificacion, y prometiendo entregarle, luego que se verificase la paz general, ó al emperador, que era pariente suyo por parte de madre, ó al rey de España, que trabajaba porque se restableciese la buena armonía, entre sus dominios y la república francesa.

Recibió Charette pocos dias despues de su vuelta el oficio sobre la suspension de armas, en el qual se hallaba este artículo secreto, y su contestacion fué en estos términos: „Me

conformo con las condiciones propuestas, á excepcion de la que se dirige á poner otra vez en manos del gobierno frances al hijo del rey Luis XVI. en atencion á que esto está fuera de mi poder aun mas que de mi ánimo; pues el príncipe Carlos diez y siete dias ha que no se halla baxo de mi jurisdiccion. ,,

Prosigue y concluye Felzac la relacion de los acontecimientos de esta manera:

No era posible prever el resultado de la empresa, de que me habia encargado por mi sincero afecto á la familia de mi rey, y por estar íntimamente convencido, de que solo su heredero podia hacer feliz á mi patria. A este sueño, en que se delectaba mi imaginacion, y del qual se alimentaban mis deseos, sucedió un terrible desengaño, que lo desvaneció todo como si fuera una vana ilusion, y me hizo ver en lo que yo me ha-

bia figurado campo de gloria, un vergonzoso y sangriento cadalso. Mas ¿porque lo he de llamar vergonzoso? Si el destino de esta república colosal, decia yo á mis solas, la hace triunfar de todos sus enemigos, ¿por que los ha de deshonorar su mala suerte? He cumplido con mi deber, obedeciendo á la voz de mi conciencia; he desempeñado mi obligacion, lo mejor que he podido; y no creo que pueda llamarse culpable mi retirada, á no ser tenido tambien por infame el desgraciado, á quien hiere el cielo con sus rayos. Arrostraré pues á la muerte que miro con serenidad; ya la veo, como se acerca mas irritada contra su víctima, que lo está la misma víctima. ¿Que se me daba en efecto, de que la justicia tuviese el disfraz del odio, y de que el hierro de las leyes castigase, puesto en manos de la venganza? Puedo decir sin el menor escrúpulo, que mi corazon

no estaba poseido de otro interes , que el del bien público , y que la satisfaccion de haber contribuido á fomentarlo , me servirá de consuelo en mis postreros momentos , así como es hoy dia mi única recompensa.

Pero ántes de salir de este valle de miserias y de lágrimas , en que algunos malvados se disputan el poder , para encadenar á unos pocos desventurados ; me acordé , de que debia un tierno recuerdo y el último á Dios á la amistad. Pensé tambien , que no era cosa indiferente el justificar con toda autenticidad muchos hechos , que las pasiones han vestido á su modo , y que el espíritu de partido ha alterado y desfigurado de manera que apenas se les conoce. Con el dinero , que es siempre el medio mas poderoso , logré hacer llegar á manos de Cipriano mi carta ; y aunque escribia á un amigo , fuí tan exácto , como si trasladase un hecho á la

posteridad por medio de la historia.

Luego que Charette, decia yo á Cipriano en mi carta, dirigió su respuesta al parlamentario de los representantes comisionados, me encargó, que trocase la barquilla que tenia comprada por una corbeta, que pudiese emprender un largo viage. Era su intencion, embarcar en ella al principe, á quien yo debia servir de maestro y compañero, sin que dejasen por eso de venir con nosotros la aya, la duquesa de ****, su esposo y sus hijos. Verificóse quanto deseaba el general en ménos de ocho dias. Para no detenernos en menudencias y llegar quanto ántes á los sucesos principales, te diré solamente; que en este tiempo compramos, aparejamos, y apresamos el barco, que nos debia conducir con bandera neutral de una potencia del norte, á una isla de la América septentrional, dependiente de los Estados unidos.

Todo nos habia salido bien, y nos daba las mejores esperanzas para lo venidero: el cielo claro, el mar tranquilo, la embarcacion sana y velera, el consuelo de huir de un pais bárbaro, y el mayor todavía de encaminarnos á un retiro pacífico y poco conocido. Maravillado Carlos de la formidable vista del espacioso acéano, se entretenia con gusto en el embeleso que le causaba esta nueva impresion. El rubio Febo que comenzaba á descubrir por el oriente su dorada madeja, alegrando á los mortales y matizando las saladas ondas con sus benéficos rayos; el vasto horizonte, cuajado de los vistosos arreboles, con que el sol hermoseaba una infinita variedad de nubes; la agitacion de las olas, que ya se deslizaban blandamente unas sobre otras, ya encrespándose un poco mas, mecian de continuo el baxel; cada cosa en fin, cada particularidad ofrecia al principe un nuevo quadro

y abundante materia para discurrir y reflexionar.

Caminábamos así felizmente, quando una mañana, después de haber deshecho el sol la cerrada niebla que el ayre obscurecia, descubrimos un barco, que era de la república, segun lo indicaba su bandera tricolor, que distinguimos cerca del medio dia. La fragata, pues lo era en efecto, se nos fué acercando poco á poco, y al rayar del otro dia ya nos tenia á tiro de cañon. La bandera dinamarquesa con que navegábamos, nos protegía bastante para que no tuviésemos ningun temor; y por lo mismo después de haberles saludado con tres cañonazos, segun costumbre, nos largábamos para evitar que nos conociesen; pero una terrible descarga, que por poco no derribó ó hizo astillas el palo mayor, nos hizo ver ó sospechar por lo ménos, con que clase de gente las habíamos. Segun las apariencias eran

unos piratas ; pues ya sabes que un decreto ha legitimado y fomentado este ladronicio , conocido con el nombre de armamento en corso. Mas ¿ como habíamos de pensar en hacer resistencia ? ¿ y que seria de nosotros , si nos entregáramos ? Un corsario que habia violado los derechos de la guerra y de las naciones , hasta el extremo de hacer fuego á una bandera independiente , ¿ tendria la honradez de proteger , ó de ~~no perder quando ménos~~ , vender ni sacrificar al hijo de su rey ? ¿ Que se podia esperar de un hombre á quien , la codicia hacia atropellar los mas sagrados privilegios , exponiéndole al castigo y á la infamia , si se descubria su atentado ? Entretanto que estábamos deliberando , si cederíamos al rigor de nuestra estrella , ó si podríamos hacer una resistencia regular , nos gritaron los del baxel enemigo ; que amaynásemos , si no queríamos experimentar los males de un

abordage. El arrogante tono y las expresiones injuriosas con que nos lo dixéron, puso fin al instante á nuestra irresolucion, y nos llenó de despecho. Resolvimos pues defendernos con brio, y arriesgarnos á perecer; puesto que no era la muerte lo peor que nos pudiera sobrevenir. Contestamos de repente con una andanada, á que siguiéron sin intermision otras tres, que no solo hiciéron gran daño al enemigo, sino que lo sorprendiéron sobre manera, por la idea que la debilidad de la corbeta le habia dado acerca de nuestros medios de defensa. Vuelto sin embargo de su asombro, nos cargó con fuerzas tan superiores, que nuestra desesperada resistencia probaba mas la imposibilidad de sostenerla, que nuestro valor; pero conseguimos con ella ganar algun tiempo, del que me aproveché con tanta serenidad como buen éxito. Carlos y los dos hijos de la duquesa estaban encer-

rados con su madre dentro de la cámara del capitan, aguardando temerosos el resultado de la accion. Quando ya iba á decidirse, y no nos quedaba esperanza alguna de salvarnos, entré en su quarto, y no ocultando á madama de ***** el peligro que nos amenazaba, hice que vistiese á su hija en traje de hombre. Habia yo calculado, que esta mutacion podia desvanecer ó entorpecer á lo ménos las sospechas, ~~en caso de un accidente~~ imprevisto. Así que estuvo todo arreglado, mandé arriar bandera, y la fragata, que iba cesando en su fuego, nos mandó el bote, para que la gente de nuestro barco pasase al suyo; lo qual se verificó en tres viages. Los enemigos biráron entónces de bordo, y ciñéron el viento en vuelta de la costa, de la qual estábamos ménos apartados de lo que yo creia.

En las quarenta horas que duró nuestra travesía, estuvimos rigurosa-

mente cerrados en dos camarotes contiguos, el uno de los quales fué destinado para la duquesa, sus hijos y la aya de Carlos, y el otro para el duque y para mí; pues el viejo criado se habia quedado con su muger en la isla. Lo restante de la tripulacion fué metida en la bodega, y no se le permitió la menor comunicacion con la de la fragata. Estas precauciones, que únicamente se practican con los prisioneros de guerra y con los reos de estado, me hicieron creer que no estábamos en poder de un pirata.

Salí de toda duda, quando habiendo arribado al desembarcadero, nos cargaron de grillos y cadenas sobre la misma cubierta de la fragata, como si fuésemos alevosos delinquentes; y en medio de la gritería y silvidos del populacho, nos conduxéron de seguida en unas parigüelas á la cárcel, donde supimos; que se nos habia perseguido y preso de orden de un re-

presentante del pueblo, delegado en el ejército de poniente, por estar acusados de crimen de alta traicion. No nos dixéron mas; pero era fácil adivinar los motivos, que podian haber dado márgen á imputarnos tamaño delito.

Miéntas que en todo aquel día y en la noche siguiente, ignoré el nombre del diputado, tuve esperanza de librar á Carlos del largo cautiverio, y tal vez de la proscripcion, á que lo condenaban su nacimiento y la tiranía; aun quando yo no pudiese escapar del suplicio, que la seguridad, ó mas bien la política del estado prescribia, que se me impusiese. Desesperé enteramente, luego que por la órden, que se me pasó para comparecer delante del diputado, supe como se llamaba; pues era uno de los mas crueles procónsules, que abortó la tiranía, para devastar el territorio frances. Heredero del inexorable furor de

Saint-Just, á quien ayudó en sus sanguinarias tareas, parecia haber recogido su testamento, para ser el albacea que cumpliese su voluntad; y se hacia tanto mas temible, porque ocultaba su alma atroz debaxo de un exterior benigno, y porque las procripciones que fulminaba, iban envueltas en expresiones decorosas. Es tambien verosímil, que con los atractivos de su carácter se grangearia el aprecio y confianza de los comisarios, que acaso querrian en la realidad el bien; aunque la conducta y principios de este encargado los calumniáron y deshonráron.

Despues de las primeras fórmulas del interrogatorio, me preguntó; si conocía á Luis Carlos Capeto, hijo del último rey. ¿Quien no lo conoce, respondí, en Paris donde vivo, en Francia de la qual soy ciudadano, y en la Europa que le compadece por sus desdichas? — ¿Estás enterado

de la huida ó raptó de dicho Luis Carlos Capeto? — Por la fama pública. — ¿Has tenido parte en esto? — El ciudadano representante puede conocer, que aun quando fuera esa mi voluntad, me faltarian los medios para ponerlo por obra. — Te equivocas; pues reunes los medios y la voluntad, y has dirigido en el todo, ó en parte por lo ménos, esta maquinacion. — Si lo que ha dicho el ciudadano representante es un hecho, será inútil el negarlo, y excusado el confesarlo; pero si es una mera suposicion, entiendo que no estoy obligado á dar ninguna respuesta. — Eres arrogante, ciudadano. — Todo hombre libre debe serlo, ciudadano representante. — Pero no es preciso, que junte el orgullo con la doblez. — Tampoco lo es, que la autoridad vaya acompañada de la tiranía. — Arrugó las cejas el delegado, hizo un ademan de cólera que reprimió al punto, y co-

mo hombre acostumbrado á sondear los ánimos, y á tener a raya sus arrebatos, repuso con acento suave y apacible: Estás mal informado: el 27 de julio destruyó la tiranía, y ya no levantará en adelante la cabeza. Yo no busco mas que la verdad, ni quiero otra cosa que la justicia; y me será muy satisfactorio, ver que es inocente, el que me han denunciado como culpable: te pregunto afectuosamente, y quiero que me respondas sin rodeos. ¿Es Luis Carlos alguno de los tres niños, que iban en tu corbeta? — Tu pregunta supone desde luego, que conozco personalmente á Luis Carlos. — Lo has confesado poco ha. — Que lo conocia, como lo conocen la Europa, Francia y Paris; mas nunca he dicho, que lo conociera personalmente. — Ese sistema de negar que has tomado, es inútil. Luis Carlos Capeto es uno de los dos muchachos, apresados en tu barco; el tercero es una niña. — No

solo es inútil ; como acabas de decir, mi sistema de negar , sino que tambien lo es éte interrogatorio. ¿ Para que y sobre que me preguntas , si ya lo sabes todo ? — Calló el representante un poco , y luego replicó : ¿ Con que confiesas , que he averiguado la verdad , que conoces por consiguiente á Luis Carlos , y que estaba á bordo de la corbeta ? — Ninguna de estas cosas ha salido de mi boca. — ¿ Pues que has dicho ? — Nada.

Hizo entrar entónces á uno de los dos niños , que era cabalmente el de la duquesa , mayor de algunos meses que el príncipe , y tan amable como él , aunque ménos vivo. Por las preguntas que hizo alternativamente á él y á mí , pude colegir , que léjos de saber el representante , qual de los dos era Luis Carlos , ni aun tenia certeza de que estuviese en su poder. El pequeño *Julio* no pudo sacarle del apuro con sus sencillas respuestas ; aun-

que las noticias que le dió sobre la escena del túmulo, que él habia presenciado, corroboraron mucho sus sospechas. Pero como abrian un campo tan vasto   las congeturas, aumentaron su confusion; pues aun suponiendo que ya estuviese baxo de su dominio el hijo de Luis XVI., faltaba siempre averiguar, qual de los dos niños era el real proscrito. Esta comprobación hubiera sido con todo fácil,   no ofrecerse tantas dificultades en la primera.

Procur  el delegado vencerlas, llamando al hijo del rey, despues que hubo interrogado al de madama *****. Al considerar á este desventurado, expuesto en su tierna edad   los lazos de este infame ardid, no pude dejar de horrorizarme, conociendo que la menor equivocacion podia perderlo; y cotejando su situacion con la de Joas, quando estaba en la presencia de Athalia, hize al cielo la misma súplica

que le dirige la piadosa Josabet:

Pon, gran Dios, tus palabras en su boca. (*)

Hijo mio, le dixo el diputado con tono cariñoso y lleno de bondad, llégate y no tengas reparo. ¿Como te llamas? — *Augusto.* (Este era el nombre que se le daba, desde que pasó á la isla.) — ¿Que eres? — Huérfano. — ¿Has conocido á tus padres? — Viendo que iban á saltarle las lágrimas á mi desventurado pupilo, le tomé la palabra, y respondí al representante: Ya puedes inferir por sus suspiros, que solo con recordarle la memoria de sus padres, á quienes *no ha conocido*, (dije estas palabras con énfasis y mirando á Carlos) se le remuevan sus penas. Si la humanidad tiene algun influxo en tu corazon, no atormentes á este infeliz, mencionán-

(*) Alude el autor á la escena 7.^a del acto 2.^o de la *Athalía*, tragedia del célebre Racine.

dole lo que le causa tanto dolor y sentimiento. — El representante me miró con cierto enojo, que procuró suavizar, y siguió preguntando: ¿Cuanto tiempo ha que estás con la ciudadana de *****? (La duquesa se habia dado á conocer.) — Muy poco, si lo computo por el gusto que he tenido de vivir con ella.... — Cerca de dos años, añadí poniendo la vista en Carlos, que dió muestras de admiracion al oir esta mentira. — ¿Donde te encontró? repuso el preguntador. — En compañía de los bandidos que me habian robado. — ¿Que eran estos bandidos? — Ladrones y asesinos. — ¿Adonde te lleváron? — A una caverna obscura. — ¿Presenciaste algunos de sus delitos? — No se los he visto cometer. — ¿Como pues sabes, que hacian robos y asesinatos? — Esta pregunta sobrecogió al príncipe, y lo puso descolorido. Repitióla el representante, aprovechándose de la turbacion

de Carlos, el qual contestó bañado en lágrimas: Han muerto á mi padre, á mi madre, á toda mi familia.... — Al oír el diputado esta respuesta, que se oponia con lo que yo acababa de decir, volvió hácia mí los ojos, en ademan iracundo y mezclado con algo de asombro y de maligna alegría; y dirigiéndose inmediatamente al niño: Yo estaba, le dixo, en que no habias conocido á tus padres. — Iba á abrir la boca para sacar al príncipe de su conflicto; pero el representante me impuso silencio, y repitió la pregunta, á que Carlos no respondió por no hallar salida. El diputado mudando de repente de conversacion y de tono, preguntó á la infeliz criatura: ¿Eres amigo de la libertad? — ¡La he conocido tan poco! — ¿Pero si te la hicieran probar, gustarias de ella? — No hay que dudarlo, si, como dice el *Catecismo republicano*, proporciona la paz, la abundancia y la felici-

dad. — Hola ! ¿conque has aprendido el *Catecismo republicano* ? A ver si te acuerdas de alguna cosa. ¿Quales son las obligaciones del hombre libre ? — Amar y consolar á sus próximos , obedecer á las leyes , y *castigar á los tiranos*. (Carlos dixo estas palabras con cierta expresion , que denotaba su talento.) — ¿Quienes son los tiranos ? — Los que se hacen superiores á las leyes , para oprimir al pueblo. — ¿Que castigo merecen los tiranos ? — La muerte. — El representante , interrumpiendo las preguntas del catecismo , hizo entónces esta : ¿Luis Capeto fué tirano ? — Tirano ! respondió condolido su desventurado hijo. — Sí , te pregunto , ¿ si Luis Capeto fué tirano , y si mereció la muerte ? — No de ningun , modo , exclamó Carlos : papá no fué tirano ; lo son los asesinos que le diéron la muerte... — ¡ Que situacion ! ¡ que quadro ! El príncipe , sin hacer mérito de

una indiscrecion que lo perdía, atendía solo á su dolor, y yo estaba anonadado, mientras triunfaba el perverso representante. Ya ves, me dixo insultándome con mofadora sonrisa, que con buenos modos y una poca destreza se puede averiguar la verdad. Sí, prorumpí libre ya de mi aturdimiento por el mismo horror y por la indignacion; sí, ya veo que la tiranía ha disfrazado su espantoso semblante con la mascarilla de la hipocresía: y que si dominó en otro tiempo por el furor, reyna al presente por el artificio y por la doblez. Pero ese nuevo imperio, que habeis usurpado, aprovechándoos de la buena fé de vuestros conciudadanos, será muy pronto arruinado, como lo fué el que obtuvo el pueblo de la debilidad de sus reyes. Al modo que hemos visto venirse abaxo los cadalsos por el crecido número de las víctimas, vuestro gobierno será tambien envuelto, cogido y sufocado por

sus mismos lazos : caerá de lo alto de su ensangrentado trono en el polvo de que se levantó, y en el menosprecio universal, que es mas horrible que la nada. Dichosa Francia, si te libiertas á un tiempo de los tormentos de tus verdugos y de los enredos de sus agentes ; y si recibes tu prosperidad, gloria y reposo de la mano de un legislador, que conozca el corazon del hombre, de un filósofo religioso, de un verdadero estadista, y de un genio virtuoso, para comprenderlo todo en una palabra. Entónces se cicatrizarán tus llagas, y cesarás de llorar ; nadie tendrá que fingirse vicioso, como en tiempo del gobierno sanguinario, ni virtuoso, como en el presente ; y todos se abrazarán sobre los sepulcros de las víctimas, perdonando y olvidando á los asesinos que fuéron causa de tantas calamidades.

Esta fuerte exclamacion no conmovió ni irritó al representante, que sa-

efectuado por haber vencido, gozaba placidamente de su triunfo. El acaso, me dixo, y quizá algun tanto de cordura me hacen superior á tí en esta ocasion, para que no abuse de ella aumentando tus desdichas. Para probarte que este gobierno, que calumnias sin motivo, no tiene la máxima de oprimir á los vencidos; no solo te perdono por lo que me has injuriado, sino que quiero mitigar con mi buen procedimiento lo que tenga de desagradable tu situacion. Las leyes y mi empleo me obligan á la verdad á pasar el examen de tu conducta á la comision militar, que se ha establecido para tomar conocimiento de ciertos delitos, á cuya clase pertenece el que se te imputa; pero ni las leyes ni mi empleo me prohiben, que temple con la benignidad el rigor, de que las ha revestido la indispensable precision de mirar por la seguridad pública. Me conduelo sinceramente de ese huérfa-

no , y no tendria porque estar que-
xoso conmigo , si yo pudiera decidir
sobre su suerte. A fin pues de mani-
festaros á los dos , que tratais con un
hombre , á quien su encumbramiento
y suprema autoridad no ha hecho per-
der los mas tiernos afectos ; dispondré
que quedeis juntos en un mismo quar-
to. Tendréis de este modo el gusto
de vivir y llorar en compañía , hasta
que tú seas presentado á la comision,
y Capeto enviado á Paris. Tengo muy
conocidas las lágrimas del reconoci-
miento y de la amistad , y sé que
pueden curar qualesquiera heridas , por
cruces que sean.

He referido este afectado discurso,
que pronunció con mucho estudio , pa-
ra darte una muestra de la justicia y
humanidad de hoy dia , que se redu-
ce á pedirle á uno con toda ceremo-
nia , el permiso para degollarle con
la mayor urbanidad. ¿Y quien será
tan incivil , que se queje ó lo rehuse?

El hijo de Luis xvi. y yo fuimos encerrados juntos en un calabozo, que la cortesanía del representante honraba con el nombre de quarto. Los inesperados acontecimientos, en que Carlos se habia visto por su desgracia, y las repetidas agitaciones que padeció su alma, lo reduxéron en un momento al deplorable estado de estolidez é insensibilidad, en que lo sumergiera la crueldad de Simon. Al punto que estuvimos solos en nuestro nuevo domicilio, empezó este desventurado niño á manifestar con horribles señales, la herida que habia recibido su imaginacion, y lo mucho que se iba empeorando su constitucion física. La vista de la baxa y ennegrecida bóveda, las paredes desnudas, las dos malas camas dispuestas para nuestro descanso, la ventanilla por donde entraba una triste y escasa luz, en una palabra todo lo que estaba á nuestro rededor, reproduxo al pobre príncipe

la imágen, todavía reciente, de las penas y trabajos que habia sufrido. Comenzó por clavar su desencaxada vista en quanto nos rodeaba, y señalando luego atropelladamente cada uno de los objetos, decia: Una bóveda! una lambrera! una pocilga! sin duda es el Temple! — Reflexionando despues y hablando consigo mismo, añadia: ¡Con que me han puesto preso otra vez! ¡conque he vuelto! Papá, mamá mia, aquí moriré como vosotros! — Quise cogerle de la mano y consolarle; pero despues de haberme mirado hito á hito por un rato, se tapó los ojos horrorizado, y corrió á envolverse en la manta de la cama. Seguile llorando; con lo que redobló los gritos, y buscando por donde escapar, clamaba en medio de sus convulsiones: Simon! Simon!

Siguióse á esta primera accesion de delirio un largo y penoso pasmo, al fin del qual prorumpió en abundan-

tes lágrimas. Yo tambien las derramé, pues no pude contenerlas, al ver cumplido el funesto vaticinio de la reyna, la qual, dicen, pronosticó á su hijo, que espiraria sobre la basura.

Poco tardó en arraygársele una calentura maligna, que le inflamó la masa de la sangre. Fué inútil el cuidado que se tuvo, de que le administrase todos los remedios el compasivo sexô, que despues de complacernos en el discurso de la vida, se dedica con gusto á hacer mas llevaderos los crueles instantes de nuestra muerte. En vano le dispencé todos los desvelos, que dicta la compasion y la amistad; pues el desdichado espiró al cabo de treinta y seis horas de un espantoso delirio, en medio de sus arrebatos, clavando de continuo sus encendidos ojos, y fatigándose en coger con sus débiles manos las fantasmas de su familia, que su afligida imaginacion le hacia ver al rededor de su triste ca-

ma. Exhaló finalmente el último aliento de una vida, de que no se había separado ni por un instante la desgracia; pero ántes de que se cerrase para siempre la tumba, que lo debía recibir, *exclamó repetidas veces, juntando sus manos con vehemencia: Dios mio, yo os lo agradezco, pues voy á unirme con mis padres.*

— Poco tiempo despues de la muerte del delfin, se concluyó la paz vandeana entre los generales chuanes y los de la república. Es probable que Charette, que fué uno de los primeros en aceptarla, se decidiria á ello, por estar persuadido del ningun fruto que sacaria, de quantos esfuerzos hiciese á favor de una causa, ya desesperada. Al paso que él acreditaba públicamente su afecto al hijo del último rey, se iba extinguendo á toda prisa el de sus compañeros. La cobarde desidia de los unos y el culpable atolondramiento de los otros, era

en su concepto una de las principales causas de la pérdida del estado. El gobierno, desembarazado ya de los malvados que lo habían tiranizado hasta entónces, empezaba á ocuparse en restaurarlo. La acta constitucional, de cuya formacion estaban encargados los legisladores mas conocidos por su talento y virtud, anunciaba por lo ménos el restablecimiento del órden y de la tranquilidad, ya que no pudiera lograrse la completa felicidad de la república. ¿Se necesitaban tantos motivos, para que volviese al servicio de su pais, el que lo habia abandonado con el fin de serle mas útil? Arreglados los artículos de la paz, obtuvo la duquesa permiso, para volver á la isla, de que únicamente habia salido por servir á su amado alumno; y Felzac, puesto en libertad, disfrutó de sus primeros y preciosos momentos en compañía de su amigo Cipriano. Quando recuerdan los

dos las indecibles calamidades que sufrió la última familia real, y las de su único heredero, que son todavía mas inauditas, convienen; en que nunca despenó la fortuna, por sus extravagantes caprichos, en una sima mas profunda, á otros mortales mas exaltados á la alta cumbre de la opulencia, de la grandeza, del poder y de la gloria.

FIN DEL IV. Y ÚLTIMO TOMO.

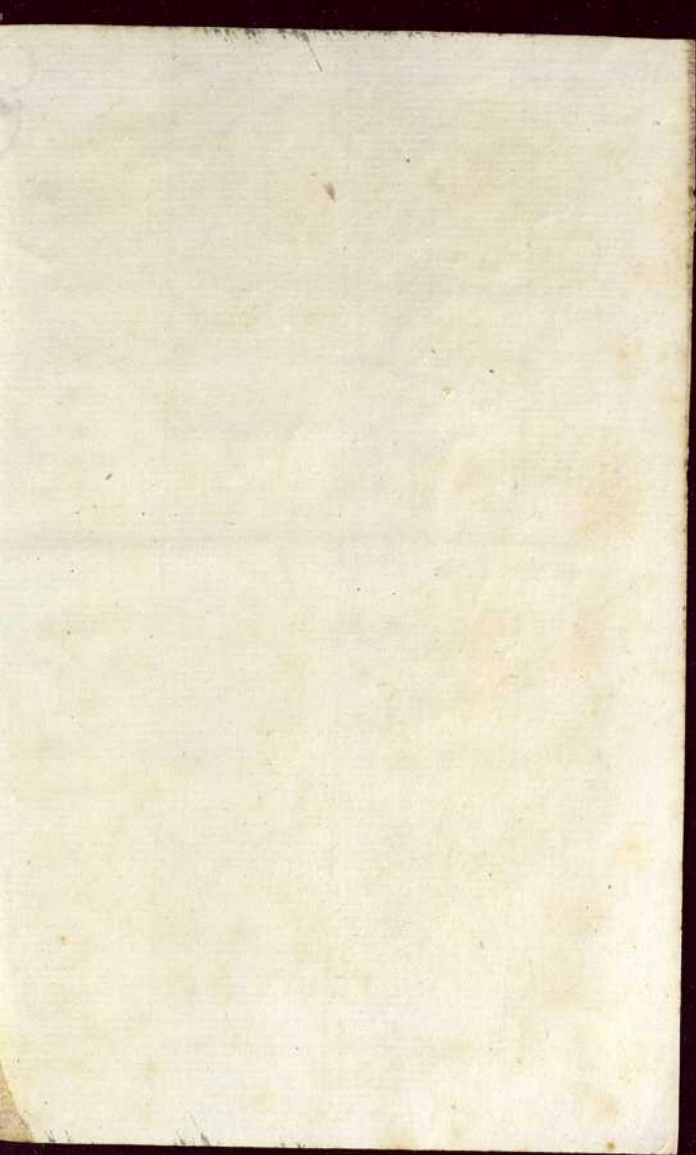
ERRATAS

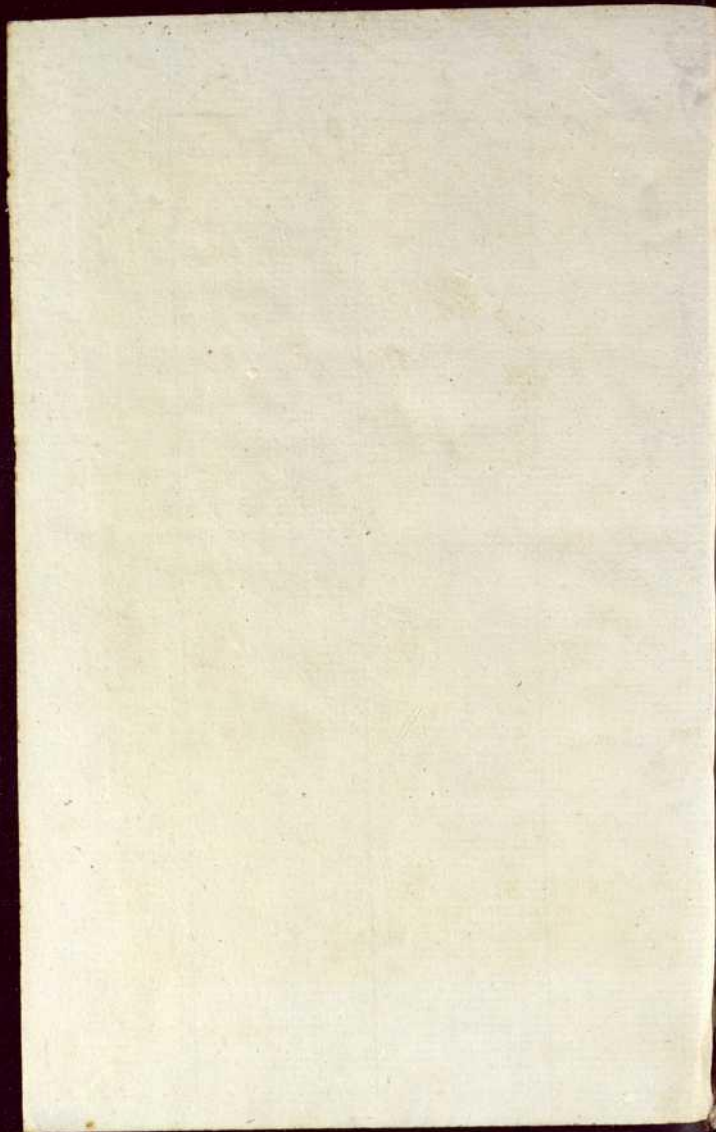
DEL TOMO IV.

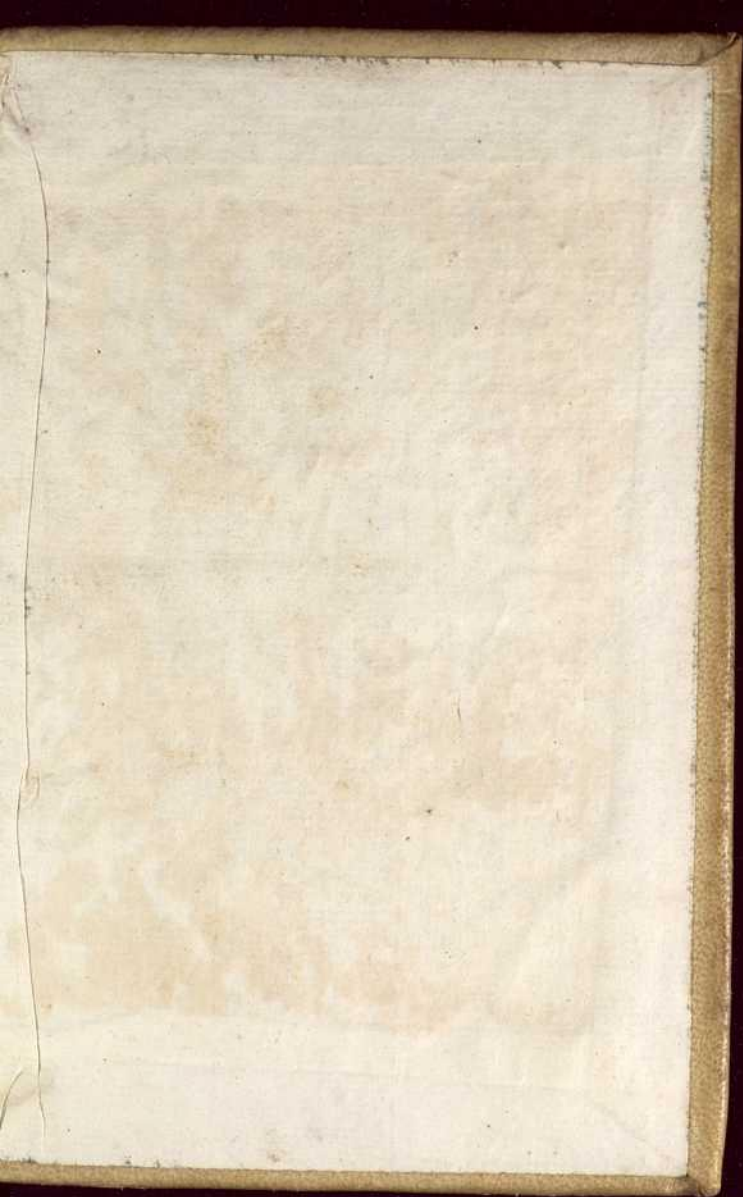
<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Léase:</i>
16	4 madre.	madre,
21	25 aluc-	aluci-
24	22 á	con
37	10 estado	estrado
56	6 torpezas;	torpeza;
47	6 ultrajado.	ultrajado:
46	18 de	se
82	25 librabas	libraba
105	20 Pudiéron	Pudieran
113	2 trabajos	trebejos
153	19 estos; pre- textos	estos pretextos;
181	10 acéano,	océano,
192	17 madama	madama de

PART IV

101	101	101
102	102	102
103	103	103
104	104	104
105	105	105
106	106	106
107	107	107
108	108	108
109	109	109
110	110	110
111	111	111
112	112	112
113	113	113
114	114	114
115	115	115
116	116	116
117	117	117
118	118	118
119	119	119
120	120	120
121	121	121
122	122	122
123	123	123
124	124	124
125	125	125
126	126	126
127	127	127
128	128	128
129	129	129
130	130	130
131	131	131
132	132	132
133	133	133
134	134	134
135	135	135
136	136	136
137	137	137
138	138	138
139	139	139
140	140	140
141	141	141
142	142	142
143	143	143
144	144	144
145	145	145
146	146	146
147	147	147
148	148	148
149	149	149
150	150	150
151	151	151
152	152	152
153	153	153
154	154	154
155	155	155
156	156	156
157	157	157
158	158	158
159	159	159
160	160	160
161	161	161
162	162	162
163	163	163
164	164	164
165	165	165
166	166	166
167	167	167
168	168	168
169	169	169
170	170	170
171	171	171
172	172	172
173	173	173
174	174	174
175	175	175
176	176	176
177	177	177
178	178	178
179	179	179
180	180	180
181	181	181
182	182	182
183	183	183
184	184	184
185	185	185
186	186	186
187	187	187
188	188	188
189	189	189
190	190	190
191	191	191
192	192	192
193	193	193
194	194	194
195	195	195
196	196	196
197	197	197
198	198	198
199	199	199
200	200	200







Univer
Bibli

LIBRARI
CENTEN
DESA
Magda
10. 4.

iversitat de València
Biblioteca Històrica

4

3014